



LA VOZ DEL EPISCOPADO

El Excmo. Sr. Pitaval, arzobispo de Santa Fe (Estados Unidos), acaba de dirigir elocuente llamamiento en favor de la Obra de la Propagación de la Fe, al clero y fieles de su inmensa diócesis que abarca casi todo Nuevo-Méjico (300,000 km.). Reproducimos los principales párrafos de esta magnífica Carta pastoral.

Con ellos encabezamos el presente número, para que tan autorizado llamamiento resuelva á nuestros queridos lectores á trabajar cada día con nuevos alientos en pro de la Obra de la Propagación de la Fe, hoy más que nunca necesitada de apoyo.

CARTA PASTORAL DEL EXCMO. SR. PITAVAL, ARZOBISPO DE SANTA FE

EL más precioso don que concedernos puede la bondad divina es la fe. Todas las riquezas del mundo nada son comparadas con este tesoro. En efecto: «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si al fin pierde su alma?» Por el contrario, quienquiera que fuese, que crea y acomode su conducta á su creencia, puede menospreciar las más duras tribulaciones de la vida. En su lecho de muerte repetirá la grandiosa palabra del Apóstol: «He combatido por la buena causa; he terminado mi carrera y he conservado la fe.»

De estas premisas sacamos en conclusión que el acto de caridad más generoso para con el prójimo consiste en facilitarle la adquisición de la fe si está desprovisto de ella, y ayudarle á reconquistarla cuando haya tenido la desgracia de perderla.

Ineludible obligación nos exige socorramos con limosnas al indigente, pero la comida ó el vestido que le proporcionamos, bienes son únicamente materiales y perecederos, en tanto que las limosnas dadas para procurar á los no creyentes el don de la fe, ejercen una acción bienhechora que se extiende hasta el seno de la vida eterna.

Ahora bien, uno de los principales medios empleados por Nuestro Señor Jesucristo para propagar la fe, es la predicación del Evangelio por los Apóstoles y sus sucesores.

Desde hace dos mil años el supremo mandamiento

del Salvador: «Id y enseñad á todas las gentes,» ha sido fielmente obedecido por los obispos y sacerdotes misioneros propagadores de la Buena Nueva.

Nosotros mismos ¿á quién sino á ellos debemos, después de Dios, agradecer este don inestimable?

No lo hallamos, no, en nuestra herencia de familia; nos lo han traído celosos, abnegados é infatigables hombres de Dios que, después de enseñarnos el catecismo, nos pusieron en el verdadero camino del cielo.

Sin embargo, la «verdadera luz» no esparce aún su claridad por el orbe todo.

Muchas regiones cuentan entre sus habitantes millones de paganos, y una falange heroica de obreros (12,000 sacerdotes, 4,000 Hermanos y 40,000 Hermanas) trabaja para hacerlos entrar en el camino de salvación.

Para sostener este verdadero ejército hacen falta recursos pecuniarios, y sin duda me preguntaréis: «¿De dónde sale ese dinero?» Es un misterio... iba á decir un milagro... y sí... en realidad es un milagro.

Hará una centuria fundóse en Lyon, con el nombre verdaderamente apostólico de «Propagación de la Fe,» una Asociación católica, cuyo fin era precisamente acudir en ayuda de las Misiones extranjeras, y ha conseguido alcanzar su objeto maravillosamente, aunque de manera harto sencilla.

Claro que acepta con gratitud el puñado de oro con que la socorre el rico, pero descansa principalmente en el óbolo del pobre. Sus miembros, agrupados en decenas, contribuyen con una cuota semanal de cinco céntimos (2'60 pesetas al año) al sostenimiento de la Obra. La totalidad de estas contribuciones voluntarias se reparte entre las Misiones de todo el mundo. La Obra nada guarda en caja, tiene plena fe en la Providencia y ésta jamás la ha desamparado.

¿No es un milagro?

Dos motivos particularmente deben resolernos á formar parte de esta Asociación de la Propagación de la Fe.

Primero: el terrible azote que actualmente flagela á Europa.

En el preciso momento en que recorría el universo entero ardiente soplo de apostólico celo, tal que la historia no registra otro tan potente y fecundo, cuando se multiplicaban de manera inusitada los valientes campeones de la Fe, inflamados por el deseo de extender el reino de Dios, estalla la fatídica guerra amenazando pulverizarlo todo. Los pueblos que con más generosidad contribuían á la «Obra de la Propagación de la Fe» se han visto invadidos por ese desbordamiento de males cada día más espantosos.

¡Pobres misioneros! ¿quién os ayudará en adelante?

Ya que los horrores que sufre la vieja Europa no nos alcanzan; ya que la Providencia, con maternal solicitud, nos concede las ventajas de la paz, debemos asumir la carga de los gastos del Apostolado, que nuestros infortunados hermanos de allende el Atlántico están actualmente imposibilitados de sostener.

Segundo: la deuda de gratitud que nos une á la «Obra de la Propagación de la Fe.»

Cuando el venerable M.ltre. Sr. Zamy recibió de Roma la orden de agrupar en una diócesis el inmenso territorio que comprende Nueva-Méjico, el Colorado y Arizona (hasta entonces sometido á la jurisdicción del

Obispo mejicano de Durango), se encontraba desprovisto en absoluto de recursos.

Entonces dirigió un llamamiento á esta Asociación y —tengo empeño en proclamarlo muy alto— ella le allegó la mayor parte de los socorros, que le permitieron crear y hacer prosperar las hoy florecientes obras que á ella deben la vida. Caridad generosa, obra fecunda, que no debemos olvidar, que no olvidaremos jamás. Proclamémoslo á los cuatro vientos, y repitémoslo para que las futuras generaciones no lo ignoren.

Y luego esta misma Asociación no ha cesado de ayudarnos. Los sacerdotes consagrados (tan sólo un corto número de ellos sale de nuestra diócesis) los envía Europa, y sus estudios y viajes los costea la Obra de la Propagación de la Fe.

En consecuencia, pues, la gratitud más elemental nos impone el deber de afiliarnos á esta Asociación, y estamos obligados á devolverle lo que de ella hemos recibido.

No intentemos, con vanos pretextos, eludir esta obligación: cuando se trata de caridad, Dios no admite excusas.



EL VICARIO APOSTÓLICO DE FERNANDO POO

TIEMPO atrás anunciamos á nuestros lectores la llegada, á la Península, del ilustrísimo P. Armengol Coll, Obispo titular de Tígnica y Vicario Apostólico de Fernando Poo; hoy podemos añadir que ya le tenemos entre nosotros.

El Ilmo. P. Coll pertenece á la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, y hace ya 25 años que está al frente de las Misiones españolas del Golfo de Guinea. La falta de salud y las necesidades del Vicariato le obligaron á alejarse por algún tiempo de sus caras Misiones, tiempo que Su Ilma. ha empleado muy bien para provecho de nuestra Colonia guineense, pues su viaje por la Península ha servido para vulgarizar el conocimiento de aquellas Posesiones españolas del Golfo de Guinea. En varias Conferencias, amenizadas con expresivas proyecciones, ha interesado al público á favor de las Misiones españolas, en Madrid, Bilbao, Pamplona, La Calzada, Alagón, Calatayud, Barbastro, Lérida, Tolosa, Santander, San Sebastián, Solsona, Sabadell y otros puntos, y sabemos que lo mismo se propone hacer en nuestra ciudad. Con las limosnas que en todos estos puntos ha recibido Su Ilustrísima se propone socorrer aquellas Misiones y dar mayor empuje á las numerosas obras que son necesarias para el crecimiento de aquellas cristiandades. Es menester substituir las carcomidas Casas y los poco se-

gueros templos de viejos maderos por otras más sólidas y más higiénicas: urge el fundar nuevas escuelas en los poblados indígenas; se hace necesario, sobre todo en la Capital, acabar la Catedral y dejarla en condiciones de poderse celebrar las funciones episcopales con algún decoro y contrarrestar con la solemnidad del culto católico la fatal influencia protestante. Para todo esto se necesita dinero, y de esperar es que nuestra Ciudad, tan espléndida para todas las obras de caridad, Barcelona tan generosa para todo lo que significa cultura y patriotismo, no querrá ser menos que las otras poblaciones visitadas por el Ilmo. P. Coll.

Sabemos que Su Ilma. viene muy bien impresionado de las Provincias vascongadas, y hemos oído que de la última población visitada, que fué la villa de Tolosa, ha sacado gran ayuda para sus Misiones, recibiendo, además de algunas limosnas en metálico, otros muy estimables donativos, como de la Fábrica del Sr. Elósegui una buena remesa de boinas para aquellos morenitos, y de la importante Fábrica «Guadalupe» del Sr. San-Gil, papel para cuatro años para la Revista «La Guinea Española», publicada por los Misioneros, y de la «Tolosa», papel para la cubierta de dicha Revista.

No dudamos que todos los católicos barceloneses, ayudarán á nuestras Misiones de Fernando Poo. Dios se lo pagará.



AFRICA PINTOESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: EL MISIONERO EN LOS BOSQUES TROPICALES. Esos son los ocios del Misionero; penetrar en los bosques, atravesarlos, llegar á la choza del pobre indígena, consolarlo, curarlo, instruirlo y catequizarlo para hacerlo feliz en tiempo y la eternidad.— Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 201)

Hunan Septentrional (China)

MISIONES AGUSTINIANAS

Inauguración de una nueva Capilla

ERA el 5 de Junio último, á las ocho, con la fresca, emprendimos la marcha hacia la nueva estación, dos cristianos en silla, uno con el altar portátil y demás, tres ó cuatro á pie por ser el viaje más barato, yo en un jaco no del todo andaluz, y dos soldados que me diera el mandarín por si acaso teníamos que lamentar algún percance.

Durante el viaje nada tuve que preguntar de nuevo; se desliza el camino por entre las sementeras del arroz los veinte primeros *lis* (el *lis* chino tiene 360 pasos, y diez *lis* componen una legua), luego todo es quebrado

hasta el pueblo, valles más ó menos largos con alguna casucha en ellos, *fanos* ó templos de familia de vez en cuando, pinos y el arbusto del aceite *tcha-you* en las laderas de los montes, es todo lo que se contempla durante el trayecto. Andadas un par de leguas, descansamos en un ventorro que se hace á la vera del camino, y claro está, allí tomamos té, digo tomaron, porque yo llevaba una botella con agua y de ella usé, con los imprescindibles *kua-tsés*, pepitas de sandía secas que usan en tales ocasiones. Así aliviada en cierto modo la comitiva del calor que se dejaba sentir, proseguimos caminando otros cinco *lis*, hasta llegar á *Tsüen-er-pu*, un case-

río de mala muerte, y allí me sucedió que al entrar por aquella pocilga, mi rocinante no se atrevió á pasar cierto arroyuelo, y tiró por la vía más breve, con peligro de dejarme colgado igual que Absalón de algún andamio; la cosa no fué mayor, sino que me pescó el alero de un tejado y casi arrastro con él, dejando como recuerdo en mi cabeza la tal aventura un más que medianito chichón.

Proseguimos hasta Yang-ka-kiao, lugar poco distante ya del pueblo, y allí habiendo andado un buen trecho para estirar las piernas, salieron los catecúmenos á nuestro encuentro; ¡cuánto hubiera dado porque oyeran mis lectores la *murga* con que nos recibieron! dos gaitas, platillos y bombo, dos batintines y dos trompetas, quizá mayores que las del juicio final, con los impresionables reventadores, he aquí la ensordecedora algazara que nos acompañó hasta la Casa-Misión.

No ponderaré la música, porque sabido es que el primer premio en las exposiciones lo ganan los chinos; y en cuanto al ruido, creo sea mucho menor el que producen los seis millones de guerreros que tiene el Kaiser, aun cuando disparen sus morteros del 42. ¡Virgen Santa, qué infernal!...

Está el pintoresco pueblo de Gao-san, cuarenta *lis* al Sur de Gau-fu, á cuya jurisdicción pertenece en lo civil, sobre una colina bastante elevada.

Es lugar de historia antigua y célebre en los pasados tiempos, porque era paso obligado para el distrito de Lichow y sus villas ó ciudades principales. Hace treinta y cinco años se quemó un grandioso edificio donde estaba el «Monte de piedad», con sus hermosos jardines estilo chinesco, pero muy variados. Al presente la Capilla está frente á este lugar.

El nombre de Gao-san ó «monte de la tortuga», según su significado, lo debe á que dicho *quelonio* es quien sostiene sobre su caparazón la tal colina, habiendo sido siempre un poderoso talismán para los habitantes aquellos, ¡qué cosechas en aquellos tiempos! ¡qué de riquezas y vientos favorables no les ha proporcionado aquella *vena* sin fin!...

Fué abierta esta estación en Diciembre de 1914, por el muy reverendo Padre Vicario, quien llegó allí y arrendó una casa de la familia Fu, en veinticuatro tías anuales, para que sirviera de Capilla ó mejor de sitio donde los catecúmenos se reunieran á rezar las preces. Está á la parte Norte del pueblo, y las señales de que aquello era iglesia, no las daban sino la tabla con las tres letras chinas *Tien Tchu Tang*, «Casa del Dios del cielo», colgada fuera, y una pequeña estampa en el testero del zaguán, ante la cual se decía Misa y demás rezos.

Allí permaneció hasta el 16 de Mayo pasado, trasladándose á la nueva casa, construída á medias por un catecúmeno y el Padre, con la solemnidad china que se acostumbra en tales ocasiones. Aunque digo «nueva casa», no vaya á creerse que es algún palacio, sino que como las maderas son nuevas y resulta más esbelta que la anterior, de aquí el adjetivo con que la visto; llega á tanto, que el segundo día de mi estancia allí, llovió, y no fué obstáculo para que de noche me despertara un tremendo aguacero y se me calaran el mosquitero y algunas cosas más.

El número de catecúmenos que hay es consolador: 140, y aunque al principio ordinariamente vienen con algún lío terrenal y miras bastante rastreras, poco á poco van comprendiendo cuál es el verdadero fin de nuestro empeño por que se conviertan, y dando de mano á los placeres con que les halaga el mundo, y desligándose de las ataduras con que el demonio les tenía amarrados, comienzan por estudiar la doctrina y al fin recibir el santo Bautismo.

Inauguramos la capilla el domingo 6 de Junio; asistieron unos 130, y después de terminada la Misa hicieron la ceremonia de la adoración quince de ellos, siendo los primeros que, *Deo volente*, recibirán el Bautismo en la primera ocasión que vuelva por allá; saben bastante bien el catecismo, y rezar casi ya lo hacen todos. Al frente de la Misión tengo á un cristiano ejemplar, á quien ayuda su madre, una viejecita de sesenta y tantos años, buena y fervorosa cristiana.

El 8 salí para el inmediato «hong-so» ó estación de *Tou-ken*, una cristiandad de que cuida el Padre Vicario. Los cuarenta kilómetros que separan uno de otro punto, son bastante montañosos, muy poco poblados, y si no fuera por las historietas que á cada paso cuentan á uno, sería un aburrimiento hacer semejantes caminos; de éstas voy á contar sólo una, que por lo verídica merece saberse. Es el caso que, á la mitad del camino, existe un árbol raro, desconocido y sin nombre que lo clasifique; conmigo traje una rama para prueba, pertenece al grupo ó mejor, familia de las *amigdaláceas*, sin que pueda decir por ahora más; pues bien, en dicho lugar hará unos cuarenta años el demonio quiso vengarse de cierto individuo, según me contaba un vejete, por una jugada que le hizo aquél: el satánico enemigo no quería que á la sombra de dicho árbol se edificara casa alguna, el contrincante que sí, y de la noche á la mañana aparece el árbol con una de sus ramas alargada y en forma de dragón unos doce metros, y precisamente ocupando el espacio en que debiera edificarse la casa... El vengado individuo agachó la cabeza, y con unos cuantos miles de reventadores aplacó la cólera del vengador y se dió por terminado el pleito. Es cierto que extraña aquella largura en tal árbol, pues siendo ordinariamente con ramas y tronco de seis á ocho metros de alto, sería curioso averiguar aquel su crecimiento desmesurado; yo medí cinco veces la anchura de mis brazos sólo en la curva que hace dicha rama, y dos más en lo que llaman ellos «cabeza» del dragón.

Después de aquella charla nos despedimos del simpático vejete y algunos otros mirones que allí vinieron á preguntar por mi noble apellido y noble reino, etc... hasta *Tou-ken*, donde llegamos á las dos de la tarde, muertos de sed, el estómago vacío y sudando cada pelo una gota... pero, en cambio, ¡qué de cosas aprendí y bien me solacé preguntando á aquellos paganazos! vaya lo uno por lo otro.

Es digna de mención una célebre pagoda que hay á cinco *lis* de Gao-san, á la orilla del camino; su historia reservo contarla para la segunda vez que la examine más despacio, D. v. El bonzo que me acompañó se comprometió á decírmela de coro, mas como el tiempo urgía y el calor apretaba, no me preocupé en escribirla: los cinco ídolos principales que hay á la entrada,

son los mayores que he visto en China, ¡qué feos, altos y descomunales son! merecían ser fotografiados, pero á otro con esas gollerías, que yo no tengo ni siquiera altar-mesa en mi nueva Capilla, y es lo que más falta me hace, antes que una máquina fotográfica. Por lo

demás, no pido nada porque de todo necesito, y si comienzo la lista asusto á mis lectores y quizá me llamen pedigrüeño. Ayúdanme como puedan, y Dios se lo pagará.

FR. LAUREANO REVILLA, O. S. A.

Desórdenes en el Thibet

El R. P. Roulland, director del Seminario de las Misiones Extranjeras de París, nos comunica la siguiente carta que le dirige desde Ta-tsien-lou el R. P. Grandjean, provicario apostólico del Thibet. Las noticias recibidas el próximo pasado mes inspiraban serias inquietudes sobre la situación de los misioneros en el Thibet. Las del reverendo P. Grandjean atenúan felizmente nuestra viva ansiedad. El huracán no se había calmado por completo cuando escribió su carta, pero todo hacía esperar que no tendríamos que deplorar víctimas europeas.

Aún está fresco el recuerdo de un misionero del Thibet, R. P. Th. Mombeig, asesinado por los bandidos el 11 de Junio.

CARTA DEL RDO. P. PABLO GRANDJEAN, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, PROVICARIO APOSTÓLICO DEL THIBET.

ACABAMOS de pasar veinte días de constantes alarmas. La ciudad de Ta-tsien-lou ha sido tomada y vuelta á tomar al estampido de la fusilería y retumbar del cañoneo; para nosotros era la cosa completamente nueva.

Ante la amenaza de eminente invasión, el muy ilustre Sr. Giraudeau había desde el 2 de Mayo trasladado nuestras Comunidades á Chapá y luego á Lentsi, pues reinaba horrible pánico en todas las poblaciones hasta Ia-tcheu.

El 6 de Mayo, después de un ataque de los más ruidosos que duró de las seis de la tarde á media noche, Tchen-pou-sau hizo su entrada en Ta-tsien-lou, en tanto que Tchen-cheou-chen huía á Lou-tin-kuao con sus soldados.

El jefe rebelde traía consigo al cónsul inglés, Ving, y al P. Goré, quienes la víspera habían salido á su encuentro en Tcheto (á cuatro leguas de aquí) intentando negociar: consiguieron evitar pillajes y carnicería.

Los seis días que pasaron en la ciudad los nuevos huéspedes transcurrieron con la mayor calma. Se limitaron al saqueo de los establecimientos oficiales. Los europeos en particular fuimos muy bien tratados.

Además, si se comparan los soldados de Tchen-pou-sau con los soldados leales, no salen éstos muy airosos de la comparación. Cobardes y ladrones, dueños de posesiones espléndidas, han gastado una cantidad enorme de municiones y cedido, después, la ciudad á 600 rebeldes.

¿Cómo nos dejaron éstos poco después?

De manera asaz imprevista. La Cámara de Comercio había ofrecido desembolsar lo necesario para completar el pago de los sueldos de la fuerza rebelde ¡diecisiete meses que no cobraban! pero á condición de que acto continuo depusieran las armas y se dispersaran.

Las negociaciones no habían dado aún resultado, cuando el 12 de Mayo violentas detonaciones resonaron bajo los muros de la ciudad. Eran sin duda tropas de socorro enviadas por Tchen-tou. La vanguardia que amenazaba la puerta del sud fué rechazada sin gran esfuerzo por Tchen-pou-sau. El ruido de la fusilería se alejó, luego se acercó, acabando por alejarse de nuevo. Finalmente, á las dos de la tarde de todas las alturas descendieron nuevos asaltantes.

El ataque fué vigorosamente conducido, y á las cuatro el reinado de Tchen-pou-sau expiraba.

El 13 lo reemplazaban Licou-iu-kiou y Tchen toautchang, los jefes que debían sitiario en Hiang-tcheu y lo dejaron escapar. De allí habían acudido en su persecución con un millar de soldados é hicieron el trayecto en diez días.

Los revoltosos sembraron el terror por todo el camino que recorrieron; pequeñas guarniciones asesinadas, pueblos incendiados, el puente de Ho-keo destruido. Si Echan-pou-sau ha respetado nuestra ciudad, se debe en gran parte á las negociaciones de los extranjeros.

El M.ltre. Sr. Giraudeau ha vuelto el 19 de Marzo con todo el personal del seminario y del *probatorium*. Las Religiosas debían seguirlos pronto; pero su vuelta ha sido demorada debido á los malos rumores que circulan.

Dícese que la lamasería (1) de Tailiri ha sido destruída é incendiada; que grupos rebeldes han invadido el Tan y que nuestros hermanos en Cristo se han refugiado en la Misión del P. Chanier. Esta última noticia es menos cierta. En cualquiera de los casos no sabemos nada de ellos. A los Hiang-tchen-ouas, les es muy difícil abstenerse de algunos actos de bandidaje. Esperemos que las consecuencias de su rabia no serán de las irreparables.

(1) Cofradía de sacerdotes de Bhuda, llamados lamas.



Tánger

Visita al hospital español.—De una carta que publica *El Eco Franciscano* copiamos:

«En la amable compañía del P. Castromán (dignísimo Director), visité una por una las salas; no pueden figurarse mis lectores, lo que sentí en mi alma al ver lo aseado que estaba todo; allí, más parecía una de esas casas de nuestra moderna sociedad, que hospital. Los pisos brillaban de limpios, las camas estaban aseadísimas, las habitaciones de preferencia no dejan nada que envidiar á las de los hospitales de España, y todo estaba dispuesto en buenas condiciones higiénicas. Me fui enterando de todo y quedé muy satisfecho. Como yo no veía á las enfermeras que tanto se encuentran en otros hospitales, pregunté por ellas, y mi sorpresa fué grande al responderme el buen Padre que todo lo hacían aquellas Religiosas que en alas de la caridad habían venido á Tánger para prestar sus auxilios á tantos infelices españoles....

«Cuando me disponía á salir, pues ya creía haberlo visto con gran satisfacción todo, me indicó el Padre que aún faltaba algo, y me guió al *arsenal quirúrgico*, y me agradó mucho ver que tenían todos los principales aparatos de la cirugía, y sobre todo oír á uno de los practicantes decirme algunas de las notables, por lo difícil, operaciones practicadas en aquel lugar. Muy cerca de la sala de operaciones hay un departamento para la policía del Tabor español en muy buenas condiciones.

«Gracias al ímprobo trabajo de las Religiosas Franciscanas, que no cesan un momento durante el día y la noche, puede estar nuestro hospital por encima de las de las otras naciones. ¡Quiera el cielo que muy pronto lo veamos ampliado, pues hoy resulta pequeño para la numerosa colonia!»

Turquía europea

Hospital franciscano español en Constantinopla.—Traducimos de *La Veu de Catalunya*, número del 24 de Julio próximo pasado: «Las cosas españolas han estado de actualidad durante algunos días en Constantinopla, merced á la erección del Hospital creado por la Cruz Roja española é instalado en el convento español de Tierra Santa, bajo el Patronato del Ministro Plenipotenciario D. Julián M. del Arroyo y Moret y del Delegado Apostólico Mons. Angel María Dolci, y la dirección efectiva del presidente del convento Fr. Juan Lestón, del primer secretario de la Legación D. Rafael Mitjana y del canceller D. Jaime Fernández Guillamet.

«La instalación se ha realizado á expensas de nuestra colonia, que una vez más ha hecho gala de sus generosos sentimientos. Todo el material es inmejorable, y el Hospital, no obstante no ser muy espacioso, resulta un establecimiento modelo.

«Los heridos en él alojados están agradecidísimos á nuestra solicitud, en favor suyo.

«El P. Juan Lestón, originario de Galicia, y joven todavía (sólo cuenta 36 años), es muy simpático y trabaja incansablemente como enfermero. No menos solícitos se muestran la señora del Cónsul y muchos españoles, siendo muy de agradecer las ofertas de otros, cuyos servicios no son muy necesarios. El Canciller contribuye eficazmente á todos los trabajos, en especial los que guardan relación con las autoridades turcas, que realiza con gran celo y discreción é inmejorables resultados....

«Dicho convento de Tierra Santa, en el que está instalado el Hospital, es uno de los designados por Benedicto XIV, en una Bula, para que tengan siempre superior español: en dicha Bula resume el Padre Santo el derecho de la Corona de España á los Lugares Santos.

«Merced á las gestiones del Ministro, se ha colocado en el convento el escudo de España y el de Tierra Santa, con un rótulo que dice: «Comisaría española de Tierra Santa en Constantinopla.»

Etiopía

Carta del Emperador de Etiopía al Papa.—Habiendo sido honrado, por especial concesión, el Emperador de Etiopía con un autógrafo de Su Santidad, dicho soberano se ha apresurado á escribir al Papa en los términos siguientes:

«Con supremo respeto presento á vuestra augusta Persona el homenaje de mi devota estimación, deseando grandemente continuar con vuestra Santidad las amistosas relaciones que vuestros predecesores en el Trono Pontificio dignáronse establecer con mi padre.

«Encargo al Rdo. P. Basilio la presentación de estas letras á Su Santidad, con el sincero testimonio de mis más respetuosos sentimientos. Puesto que, Beatísimo Padre, el Señor os ha hallado digno de que os sentéis en la Cátedra de Pedro, y á mí me ha concedido la gracia de ser contemporáneo de tan fausto acontecimiento, suplico á vuestra augusta Paternidad acepte el tributo de mis homenajes.

«Y con la confianza que vuestra Santidad me inspira atrévome á rogaros que reservéis para mí una parte de



CHINA. — JOVENCITOS MANDCHUES ESTUDIANDO LA DOCTRINA CRISTIANA EN UNA DE LAS ESCUELAS DE CANTÓN, DIRIGIDAS POR UNA RELIGIOSA MISIONERA FRANCESA. = Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. M. Gervais, de las Misiones Extranjeras de París

vuestra paternal solicitud, á fin de que Dios me conceda gobernar con sabiduría y conducir á mi pueblo por los caminos de la felicidad.

«En Addis, á 25 de Mayo de 1915.—*Jasu*, emperador.»

China

El por qué de los bandidos chinos.—Extractamos el siguiente rasgo de una carta del Rdo. P. I. Fraser, misionero en Ning-Po:

«Hace muy pocos días tomé pasaje á bordo del vaporcito que presta servicio desde Tai-tcheou-fou á Hai-men, y entre mis compañeros de viaje había un t'ong-ling (coronel) que se dirigía como yo á Hai-men. Iba acompañado por uno de sus servidores, que deslizó bajo el banco en que yo estaba sentado un voluminoso cesto.

«El t'ong-ling volvía de una expedición felicísima. Sus tropas habían obtenido un brillante triunfo.

«Después de los saludos de rúbrica entablamos conversación, y, naturalmente, el tema obligado fué la reciente campaña.

«—Sí, me dijo, diez bandidos muertos, veinte prisioneros y los restantes dispersos y en fuga. Hasta la bandera de los rebeldes ha caído en mi poder.

«Y me enseñaba un girón de tela rojo.

«—¿Y los jefes? pregunté.

«—Los jefes, he capturado cuatro. Guardo sus cabezas.

«Y con el dedo me señalaba el cesto que momentos antes habían deslizado bajo el banco muy cerca de mí. ¡Horror!

«—Desgraciadamente, añadió suspirando, no ha caído en mi poder Siao-Lao-Tsin, el jefe principal. Ya lo teníamos casi, y en los últimos instantes se ha escabullido. ¡Qué lástima!

«Y levantando la mano, mostrándome sus cinco dedos separados.

«—Cinco mil piastras, murmura, cinco mil piastras para el que lo capture; ¡qué soberbia prima he perdido!

«Y después de breves momentos de silencio añade:

«—¡La verdad es que tengo muy pocas tropas! Mil soldados repartidos por toda la región, ¿qué son contra diez mil rebeldes? ¡Ah, si pudiese disponer solamente de cuatro mil hombres, ¡qué presto daría buena cuenta de la revolución y de los rebeldes!

«—¿Pero, me atrevo á arriesgar, son rebeldes realmente? ¿No son, quizás, infelices que ven en el pillaje el único medio de satisfacer las necesidades de la vida? La cosecha ha sido bastante mala....

«—Es tristemente muy cierto, me responde. China no puede alimentar á sus hijos. Y sin embargo, las riquezas abundan en nuestros campos y montañas. Sería necesario explotar todo esto, abrir minas, construir ferrocarriles, y al mismo tiempo asegurar la tranquilidad del país: pero para ello precisa dinero.

«—Sí, precisa dinero, y porque no lo tenéis, el pueblo está sumido en la miseria, y porque es miserable, se dedica al bandidaje, y como hay bandidos, la confianza no existe. Y el comercio no funciona. ¿Por qué China no llama en su

ayuda á Europa, á nuestros sabios, á nuestros banqueros y á nuestros ingenieros?

«No me contestó. Llegábamos. Le saludé por última vez y bajé, mientras él daba órdenes para el transporte de su sangriento bagaje. Al día siguiente las cuatro cabezas se balanceaban como frutos horribles entre el follaje amarillento de un árbol en una de las encrucijadas de Hai-men.»

—*Los confucionistas se preparan.*—He aquí la síntesis de una interesante circular dirigida á la Prensa por los miembros de la sociedad confucionista de Kong-tchou:

«La Europa tiene un Soberano Pontífice; los europeos propagan en China el Cristianismo: por consiguiente, tam-



AFRICA PINTORESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: UNA VISTA PARCIAL DEL POTRERO DE MOKA (FERNANDO POO), PROPIEDAD DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 201)

bién los chinos deben propagar por Europa el Confucionismo. Para esto nada mejor que nombrar al destronado Sientung, Soberano Pontífice de la religión de Confucio. De esta suerte, el Presidente de la República se ocupará de los asuntos políticos y el Soberano Pontífice de los religiosos. Repartiéndose los poderes, podrán obrar con más independencia y libertad de acción. Si todos los confucionistas son de nuestra opinión, que manifiesten su adhesión y trataremos de formar un comité que lleve á cabo el proyecto.»

¡Que no se duerma Europa!

—*¿Será verdad?*—Dícese que Yuan-Shi-kai, Presidente de la República china, quiere cambiar el régimen de la nación constituyéndose emperador. Los consejeros y partidarios del Presidente muestran mucho entusiasmo, y pudiera ser que se intentara dar el golpe; el cual pondría á la nación en peligro de ser víctima de la revolución.

Nueva Caledonia

La Medalla Milagrosa.—El Rdo. P. Adrián Noblet, marista, escribe desde Eacho (isla Lefou):

Dejad que os cuente la vuelta á nuestra santa Religión de Thoevœquaonat, una pobre vieja que se dejó embaucar por los protestantes, y que desde hace veinte años erraba lejos del verdadero redil. Tiene dos hijos, uno como ella hereje, el otro excelente católico.

Había ensayado cuanto sabía y podía para volverla á la buena senda; todo había sido inútil.

—Sabes perfectamente, la dije un día, que tu religión no es la verdadera; eres vieja, la muerte puede sorprenderte.

—¡Oh, ya lo sé! Pero ¿cómo arreglarme? Uno de mis hijos, Ernesto, es católico, pero el otro reza con los protestantes; me es imposible abandonarle y dejarlo solo.

—¿Recuerdas aún tus oraciones?

—Sí, eso sí, respondió una mujer que la acompañaba; recuerda las oraciones, y cuando está con nosotras las rezamos juntas.

—Está bien, continuad tan laudable costumbre. Orad con fervor por la mañana y por la noche, que Dios lo arreglará todo y la Santísima Virgen nos ayudará.

Pasaron muchas semanas y no oí hablar más de la anciana. Había vuelto á Mucaweng.

Un día, sin avisar á nadie, monto á caballo y me presento en Mucaweng.

Al llegar veo una mujer que se aleja fumando su pipa. Era la vieja Thoevœquaonat.

La llamo: *Hep, Hep*. Se vuelve. *He! poemi* (¡Ven aquí), con la mano le indico que se acerque.

—*Bozou, Penati!*

—*Bozoul!* ¿Cuándo volverás al Catolicismo?

—¡Ah, Padre! no lo sé. Me he negado á satisfacer la cuota que para festejar el primero de año se nos exige á los herejes. Pero mi hijo llora y no puedo abandonarlo. Si rezo con vosotros, quedará solo en el mundo, y yo quiero á mi hijo.

—Si lo quieres demuéstrolo salvándole. Si tú continuas en la falsa religión, él no la dejará. Si, por el contrario, rezas con nosotros, tu hijo se convertirá y se salvará: esto debes hacer si le quieres.

Un niño, Marco, me pide una medalla.

En el acto acuden á mi mente los prodigios de la Medalla Milagrosa: tengo una inspiración.

—A ti también voy á darte una, digo á la vieja.

—Te lo agradeceré de corazón, Padre.

—¿No la tirarás cuando me haya marchado?

—¡Oh, no! ¿cómo atreverme á tirar una medalla que es cosa santa?

—Bueno, si te la doy ¿prometes respetarla?

—Sí, Padre.

—¿Y llevarla?

—Sí, Padre.

Felizmente nunca salgo de casa sin algunas Medallas Milagrosas. Es la única riqueza de mi monedero. Un cabo de hilo que encuentro en el fondo de mi saco de viaje servirá de cordón. Bendigo la medalla, y haciendo un nudo á toda prueba, la suspendo del cuello de la vieja.

La buena mujer está radiante. Enseña la imagen de la Santísima Virgen al pequeño Marco: «Ves, yo también tengo una medalla.»

—Sí, la digo, la Santísima Virgen á vuelto á tomar posesión de ti, es necesario que le des gracias. Ahora sólo te falta confesarte.

—Soy vieja y no me acuerdo de mis pecados.

—Yo te ayudaré. ¡He oído ya tantas confesiones! No tengas miedo. Es muy fácil, ya verás, vamos á la capilla.

Resumiendo: Thoevœquaonat es lo que fué: una buena cristiana, y me atrevo á esperar que su hijo querido no tardará en imitar su ejemplo.

CRÓNICA MENSUAL

DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

De luto

Lo están nuevamente las Misiones de Fernando Poo. Los Misioneros lloramos la muerte de uno de nuestros queridísimos Hermanos, que venido en alas de su amor á Jesucristo y del celo por la salvación de los pobrecitos morenos, á este trabajoso campo de las Misiones Africanas, trabajó incansable por espacio de más de veinticinco años. Si, tras veinticinco años de continuo trabajar, sucumbió como valiente el Hermano Agapito Ortega, cumpliendo hasta lo último con entera fidelidad é irreproachable celo sus múltiples cargos, que hubieran muy bien empleado á tres ó cuatro robustas naturalezas.

El galardón

Muchísimo trabajó el Hermano Ortega; ni un momento de reposo concedía á su trabajada naturaleza; todo su afán era hacer mucho por Dios y por la Patria. Somos testigos cuantos le conocimos del ardor con que deseaba y procuraba, sin salir de su humilde esfera, propagar el conocimiento de Dios y procurar á todo trance la conversión de los infieles y la perseverancia de los cristianos. Sabía muy bien el Hermano Ortega que ninguna recompensa recibiría en este mundo por tan múltiples desvelos y fatigas; pero que no dejaría de galardonárselos con creces el eterno Remunerador de los buenos. No dudamos que á estas horas se hallará nuestro buen Hermano disfrutando en el cielo del fruto de sus trabajos y sudores.

¿Y la Patria?

¿Y qué recompensa dará la Patria á quien tan intensamente la amó siempre y por ella se sacrificó de continuo? Ni el benemérito Hermano Ortega, ni los demás Misioneros que por el bien de la Colonia y de la Patria laboramos, tenemos por móvil de nuestras empresas la recompensa. Con raras excepciones, en lugar de recompensa se pagan nuestros trabajos patrios con críticas, murmuraciones, persecuciones, infamias y calumnias, y cuando no, con frialdad, indiferencia y olvido.

Datos bibliográficos

Nació nuestro Hermano en Ros, pueblo de la provincia de Burgos, el 25 de Marzo de 1865. Joven aún, ingresó en 1887 en el Instituto de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Desde los primeros días se consagró enteramente á ser cada día más perfecto y al propio tiempo útil al Instituto, adiestrándose en todos los oficios manuales, para los que no le faltaban fuerzas y talento, según luego acreditó la experiencia.

Buen religioso

Esta es la principal alabanza que se puede tributar á quien por medio de los santos votos se unió con Dios, y esto á boca llena podemos afirmar del Hermano Ortega. En todos los actos de su vida se hubo como ejemplar religioso, exacto cumplidor de las obligaciones de su estado. Con su bondad de carácter, no dejó de granjearse el respeto y las simpatías de cuantos le conocían y trataban, aunque por otra parte fueran muy pocos amigos de sotanas.

Servicios á la Colonia

De su trabajo en la Colonia y del empuje que dentro de su esfera dió á la obra de la civilización y coloniza-



AFRICA PINTORESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: PREPARANDO UN BOKUME, HERMOSO Y UTILÍSIMO ARBOL DE NUESTRA GUINEA CONTINENTAL, PARA EL EMBARCO. A GOLPE DE HACHA LE HACEN CUATRO CARAS.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.

ción, dan elocuente testimonio las múltiples obras que en todas partes llevó á cabo.

Como albañil y carpintero, construyó la casa Misión de Elobey con todos sus adyacentes, siendo fruto de su talento práctico el aljibe que construyó para la Misión, que después de tantos años aún presta el servicio como en los primeros días, mientras otros construidos posteriormente y con mayores dispendios han tenido que ser renovados repetidas veces. También son obras del mismo Hermano la casita de la Reducción del Otoche, y la Reducción de Bitica y Calatrava, destruída esta última poco después de edificada, para implantar el Faro en su lugar.

Como carpintero, se dedicó principalmente á la reparación de embarcaciones, prestando con ello excelente servicio no sólo á la Misión, sino también á algunos factores y al Subgobierno de Elobey.

Como herrero, fueron muy buscados sus servicios, sobre todo cuando escaseaban ó faltaban del todo los

oficiales, por no estar montadas las obras públicas como al presente. También puso sus manos en el alumbrado público de Elobey, en el cementerio del mismo, etcétera.

Pero lo que llenó sus mejores años en esta Colonia fué el cuidado de los enfermos, siendo tan acreditado como enfermero, que repetidas veces fueron buscados sus servicios aun por personas extrañas al Instituto, sobre todo cuando no existía el hospital público de Elobey, algunos de cuyos subgobernadores querían siempre tenerle á su lado en las enfermedades que padecieron, y entregándole oficialmente en cierta ocasión las llaves del Botiquín del Hospital á nuestro buen Hermano Ortega.

Finalmente, llenan los últimos días de su vida, sus trabajos por la mecánica, siendo el primero que trajo los automóviles y lanchas de gasolina en su viaje á la Península por razón de salud, empleando el tiempo, en vez del reposo necesario á su cuerpo, en imponerse en cuanto fuera necesario ó útil para el progreso colonial.

La muerte

Fué la de un predestinado, habiendo antes recibido con edificante piedad y fervor los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales. Murió de una afección pulmonar, el viernes, día 2 de Julio, entre once y doce de la noche, en la Misión de Santa Isabel, á donde había sido trasladado desde Banapá al sentir los primeros síntomas de la enfermedad, con el fin de tener á mano la asistencia facultativa. Pero el Rey del cielo, satisfecho ya de los servicios de su fiel soldado, sacóle de este lugar de lágrimas y de guerras para coronarle con corona de gloria en la eterna mansión de paz y de bienandanza.

Noticias coloniales

Sigue la racha de molestias.—Nuestros buenos vecinos los aliados se han propuesto no dejarnos en paz, no sabemos si con la intención de hacernos entrar a fin en la sangrienta danza, siquiera de puro cansados por tanto cosquilleo y aguijón. Quiera Dios favorecernos con la suficiente serenidad para mantenernos en este Tabor de la neutralidad, sin lanzarnos á la arena del combate, que nos aniquilaría.

Razón más que sobrada tuvieron los elementos agrícolas y comerciales de la Colonia para protestar con las más duras y enérgicas palabras, ante el imperdonable atropello cometido con nuestro vapor «Isla de Panay.»

Bochornoso espectáculo.—Lo fué el que el día 27 de Junio, á eso de las diez de la mañana, presenciábamos desde nuestra pacífica Isla de Fernando y sobre todo desde la capital, cuando nuestro vapor correo «Isla de Panay» pasó por delante de nosotros secuestrado por los aliados, haciéndole irrisoria escolta tres barcos de guerra de los que se dicen amparadores de la civilización y de la justicia. Pobre civilización y pobre justicia, si no tuviera otros amparadores y defensores. ¿Qué pasó en Duala á donde fué conducido nuestro suspirado vapor correo por los mencionados barcos que ocho días vigilaban con el mayor aparato las entradas de nuestra

isla, cual si se tratara de la visita de algún temible *Emden* germano?

Mucho podríamos decir y nada honroso para los aliados, pues estamos harto informados por testigos presenciales que hubieron de arrostrar tanta ignominia bien á pesar suyo; pero lo que merece los más duros reproches es que á ciencia y paciencia de la oficialidad, la marinería de los barcos de guerra que rodearon á nuestro «Panay» tan pronto como fondeó en Suélaba, se atrevieron á insultar á los pacíficos españoles en sus propias barbas.

Una... barbaridad.—No merece otro calificativo el acto de ponerse á cantar la Marsellesa las tripulaciones de los barcos mirando al nuestro, y eso con voces estentóreas y en son de triunfo y actitud de burla. Aparte de la Marcha Real española que los gramófonos del nuestro dejaron oír inmediatamente en señal de protesta, todos á una protestaron de tan vil conducta, y el dignísimo señor Capitán hubo de dirigirse á la oficialidad anglo-francesa diciéndoles con entereza y energía no exenta de fina ironía, que cómo ellos que aparecían ante el mundo entero como patrocinadores de la civilización contra la barbarie, tenían pecho para consentir impune tamaña falta de civismo y educación... Ni una bomba que hubiera lanzado hubiera hecho tan repentino efecto, pues heridos en lo más vivo del amor propio, pasaron á reprimir acto continuo aquella acción, más propia de los naturales de los próximos bosques tropicales.

Nota curiosa.—Entre aquellos marineros tan poco educados, ¿creerían Vds. que había algún español? Pues sí, señores, entre ellos había cuatro catalanes de los que en la infausta Semana Trágica de Barcelona más se distinguieron en el uso del petróleo y de la tea incendiaria. Mientras no vayan á la guerra más que esta clase de renegados españoles, poco perderá nuestra Nación. Sin más comentarios.

Lo demás que pasó.—Llegado á Suélaba quedó rodeado nuestro «Panay» por 7 barcos, para que la pesquisa, digo el latrocinio bajo, que se habían propuesto perpetrar y que contra todo derecho de neutralidad y de gentes llevaron á cabo los aliados, robando 1,083 bultos de víveres, conservas alimenticias, arroz, harina y azúcar, procedente de puerto español con destino á puerto español y consignados á súbditos españoles. Los destrozos ocasionados en todo el cargamento, que ascendía á más de 24,000 bultos, no es para ser referido sino tan sólo para vituperar tan público y patente agravio á nuestra bandera: para protestar de tal atropello y mácabra violencia á ciudadanos en el pleno goce de sus derechos civiles y políticos, y para denigrar la conducta de quienes, ejecutando la más atroz barbarie de los siglos conocida, se proclaman defensores del derecho y patrocinadores del agraviado y desvalido. Mayor sarcasmo á la civilización y mayor atropello del derecho de gentes no puede darse...

¡Ah! la gran hazaña.—Muchos días antes estuvieron los expresados barcos yendo y viniendo, atreviéndose á curiosar incluso nuestro puerto, llegando á boyas un remolcador armado; según datos, el mismo de la famosa aventura realizada con nuestro vaporcito «Mediterráneo» en aguas jurisdiccionales, como juris-

diccional era la zona invadida para registrar nuestro puerto, temiendo se les hubiere escapado la codiciada presa, en la que al fin pudieron echar la zarpa el 27.

Y tan finchados.—Satisfechísimos deberán estar á estas horas los Comandantes y Oficiales de tales barcos guerreros por una tan significativa hazaña. Ahora sí que los alemanes de Kamerun quedarán por completo aplastados, faltos de municiones y demás elementos de guerra proporcionados por los barcos españoles, que no han tocado puerto alguno de los aliados ni de Kamerun desde antes de romperse las relaciones entre las naciones europeas.

Consecuencia legítima.—Este es un asunto tan feo que podríamos llenar con sus visos y variantes muchedumbre de cuartillas. Limitémonos á decir que todas esas demostraciones no vienen al fin á significar otra cosa que la impotencia de los aliados para dominar el territorio de Kamerun, á pesar de sus 20,000 hombres de desembarco, lo cual no impide que de cuando en cuando sufran serios contratiempos de parte de los contados alemanes que pueden proseguir defendiendo con las armas su territorio, como sucedió no ha mucho en la región Eseka entre Edea y Yaunde, viéndose los aliados obligados á retroceder varios kilómetros.

Siguen las hazañas.—No contentos los aliados con la hazaña realizada con la presa del «Panay,» quisieron completar su befa al pabellón español que en naves españolas ondea por estos mares. Así, pues, habiendo llegado á Campo el vapor intercolonial «Antoñico» (que ya casi lo deberían conocer los aliados), en aguas jurisdiccionales de nuestro Continente fué detenido, y por más que toda su documentación estaba corriente, quisieron nuestros cariñosos vecinos occidentales, que el Capitán y tripulación del «Antoñico» tuvieran el gustazo de enterarse de las innovaciones realizadas por los aliados en Duala desde que la han llegado á ocupar. Allí fué conducido nuestro vapor correo y minuciosamente registrado casi por dos días, resultando encontrar de flagrante contrabando dos cajas, unas planchas de cobre y de zinc liso. Las cajas contenían unas cuantas libras de chocolate y otras tantas de quinina, y precaviendo que los de Bata podrían engolosinarse con el chocolate y acaso con la quinina producirse demasiado zumbido de oídos y algún asomo de afección cardíaca, dijeron que su conciencia les urgía prevenir aquellos males y que por lo tanto ellos se quedaban con el chocolate y con la quinina. Por lo que respecta á las planchas lisas, que eran para forrar un bote (alguien ha dicho del Subgobierno de Bata), hubo consejo más detenido y resultaron pareceres encontrados: unos afirmaban que las tales planchas se convertirían en cápsulas para fusilería; otros defendían que estaban destinadas á Cascos de una división de *Bulanos* que opera en el Kamerun!!!... y después de mucho dar y tomar en la división, saltó un tercero que de todos modos resultaban formal contrabando de guerra y que la decomisión se hacía á todas luces necesaria, arriándose todos finalmente al parecer de este tercero y saliendo el formal decreto del Consejo que quedaban decomisadas las planchas de zinc liso... aprehendidas en el vapor español «Antoñico.»

Día de júbilo.—Tras la tempestad viene la bonan-

za. Día de júbilo fué en la Colonia el 27 del pasado Julio, como de tristeza había sido el 27 de Junio.

Dicho día apareció muy de mañanita ante nuestra bahía el vapor peninsular «Ciudad de Cádiz,» cuya llegada produjo una explosión de alegría al ver que había escapado de las escrupulosas pesquisas de los barcos de los aliados. Desde el día 22 le esperaban éstos en alta mar en constante vigilancia. Quiso Dios que una



AFRICA PINTORESCA. — GUINEA ESPAÑOLA: CASA-MISIÓN DE CABO SAN JUAN, CONSTRUÍDA POR LOS MISIIONEROS ESPAÑOLES DEL GOLFO DE GUINEA. Toda ella es de mampostería, y casi toda la cal-cemento y ladrillos empleados en ella, fueron producidos en los hornos de la Misión. En ella trabajaron, aprendieron y se perfeccionaron los albañiles y carpinteros indígenas bajo la dirección de los Hermanos de la Misión. Así se hace Patria.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F.

nube ó niebla se interpusiera entre los tres barcos y el nuestro, y que éste se viera libre de las garras de aquéllos, contra lo que todos temíamos. Bien les está el chasco.

Datos comerciales.—He aquí algunos datos de la importación última del vapor «Isla de Panay» en su famoso viaje en que fué apresado por los anglo-galos.

Traía el vapor

De Barcelona	bultos	12,394
De Liverpool	"	150
De Valencia	"	842
De Alicante	"	1,033
De Cádiz	"	34
De Vigo	"	106
De Santander	"	243
De Las Palmas	"	4,596
De Santa Cruz de Tenerife	"	158
De Santa Cruz de la Palma	"	90
De Río de Oro	"	443
Total	bultos	20,089

Clase mercancías

De Barcelona. Cemento. Cal. Piedra artificial. Ladrillos. Artículos de fotografía. Madera. Aceite mineral. Harina. Agua mineral. Azúcar. Vinos. Cereales. Confitería. Aguarrás. Pinturas. Hules. Cervezas. Licores. Tejidos. Conservas variadas. Hierro. Sacos yute. Leche condensada. Leche esterilizada. Manteca. Jamones. Sacones. Tocino. Aceite oliva. Cordelería de cáñamo. Botellas. Vidrios.

De Liverpool. Arroz.

De Valencia. Arroz y Vinos.

De Alicante. Vinos. Sacos vacíos. Sal molida.

De Cádiz. Vinos. Sal molida. Maquinaria. Máquinas para escribir. Utensilios de Cocina. Bandejas.

De Vigo. Sacones y Jamones.

De Santander. Leche y Sardinias. Cerveza. 1 Lancha vapor.

De Las Palmas. Pescado. Agua mineral. Bencina. Madera. Arroz. Tabaco elaborado. Cebollas. Patatas. Sal. Conservas. Cemento. Tejidos. Libros. Papelería. Drogas. Provisiones. Licores.

De Santa Cruz de Tenerife. Víveres. Patatas. Tabaco.

De Santa Cruz de la Palma. Petróleo. Patatas.

De Río de Oro. Pescado.

Adviértase que no queda anotada la carga consignada á San Carlos, que va en otro manifiesto.

Decomisado en Duala

De Barcelona, 57 cajas conservas vegetales y carne consignadas á la Casa Esteban Lloveras.

Idem. 602 bultos. Cereales, harina, conservas vegetales, carne, café tostado, cacao en polvo, The.

De Valencia. Arroz, consignado L. Vaz de Serra.

De Las Palmas. 1 caja barras de plomo, consignado Alfonso Casajuana.

Averías: 8 sacos arroz perdido total.—al agua.

2 barriles vino y 6 cajas ginebra rotos y sin contenido.

Estudios coloniales.—El día 8 de Junio subió para Mok el naturalista alemán Mr. Günter Tessmann. Lleva unos once años de Africa que ha pasado en su mayoría en el protectorado alemán de Kamerun, haciendo estudios sobre el país: los azares de la guerra le han obligado á refugiarse en nuestra hospitalaria Colonia. Por comisión del ministerio germánico de las Colonias hizo unos estudios detenidos sobre los pamues, cuyo fruto fué la publicación de una Memoria sobre su modo de ser, usos, costumbres, etc.

A nuestras alturas de Moka le traen sus aficiones africanistas, y á juzgar por las recomendaciones y ayudas prestadas para el cargamento, lleva la autorización benévola del Gobierno. Desea el Dr. Tessman hacer un estudio particular de la Isla de Fernando Poo y de sus habitantes, mayormente en lo que se relaciona con la lingüística indígena y con los caracteres etnológicos de la raza. Son varios los extranjeros que en calidad de sabios, ó de Africanistas, han visitado nuestros territorios; celebramos mucho sus aficiones etnológicas y corográficas, así como los progresos que puedan reportar de ahí las ciencias naturales, pero á fuer de patriotas celebraríamos más que todo ese movimiento científico partiera de nuestros sabios Africanistas, que los hay y de mucho fondo.

La cosecha del cacao.—Ya empiezan á recogerse los primeros frutos de la presente cosecha, acerca de la cual no podemos hacer hoy augurios; pero al parecer se presenta buena. Las lluvias son muchas y casi continuas.

Basilé, 1 Agosto 1915.

La Vid (Burgos)

Nuevos Misioneros del Extremo Oriente

Yo no había visto jamás la despedida de los misioneros. La suerte me ha deparado ahora ocasión propicia, y para dicha según el espíritu y tristeza y dolor según la carne, ha sido de condiscípulos y compañeros míos la despedida tierna y conmovedora que he tenido que presenciar. Fué un acto solemne y grandioso, capaz de arrastrar las almas en pos de cosas más altas y escondidas á los ojos de aquellos hombres que viendo la superficie seductora de las cosas mundanas, ni aciertan á comprender más allá de lo que ven, ni creen en las fuerzas que desarrolla un alma alentada y vivificada con el soplo de la divina gracia. Fueran ellos testigos de la escena que he presenciado yo, y tendrían un argumento más en pro de la verdad católica; mas porque no quieren asistir á los cultos de la Religión, será conveniente dárselos escritos en el papel, ya que éste puede llegar á sus manos, poniendo de relieve las virtudes y sacrificio que se niegan á reconocer.

Cinco han sido los jóvenes agustinos que llenos del espíritu de Dios, buscando donde ejercer más fructuo-

samente su celo y caridad, han salido para las Misiones de China. La víspera de la partida, el festivo y alegre clamoreo de las campanas, volteando sin cesar, anunciaba á los barrios de La Vid (Burgos) una Misa solemne, cantada y con sermón, que dijo el que esto escribe, como en los días de grande festividad. Grupos de personas de toda clase y condición se vieron acudir al día siguiente á la iglesia del Colegio, solícitas y obedientes á la voz de las campanas, que proseguían en son de fiesta. Las espaciosas naves del templo se fueron llenando poco á poco de gente, el órgano se oyó, y comenzó la Misa, ejecutada en el canto con maestría por el Orfeón del Colegio.

Grande fué durante el día la animación y alegría, y continuos los plácemes y enhorabuenas á los emigrantes, hasta la hora de Vísperas, en que, después de rezadas, tuvo lugar la solemne exposición del Santísimo, con el *Tantum ergo*, cantado por toda la Comunidad, más un *Cántico* á la Virgen María y una *Despedida* á la misma por el Orfeón del Colegio, y una *Salve* final por todo el Coro.

Terminado que fué este acto, bajó la Comunidad en dos largas filas al claustro de la portería, formando una especie de procesión, cuya retaguardia quedaba constituida por el Superior y los jóvenes misioneros. Allí, en la portería, el Padre Rector y Regente del Colegio, manifestó en sentidas frases lo justo que había sido el regocijo de aquel día, viendo tan felices y dichosos á los nuevos misioneros, después de conseguir el colmo de sus deseos, partiendo á evangelizar el mundo. Recordó brevemente las florecientes Misiones agustinianas en China, y les alentó á proseguir la brillante historia que de ellas se va formando. Con unas conmovedoras frases de despedida cerró su alocución y abrazó efusivamente á todos los misioneros. Estos siguieron abrazando á todos los Religiosos de la Comunidad, que salió á despedirles á la puerta, mientras ellos, sonrientes, subían al coche, que arrancó entre apasionada salva de aplausos y vítores, continuados hasta que se perdió velozmente entre el polvo de la carretera que conduce á la estación.

En ella el pueblo, sabedor de lo que pasaba, se agolpó en masa para despedir á los misioneros, y entre palmas y ¡vivas! les daba su último adiós, aun cuando ya el tren se huía de nosotros, perdiéndose en las llanuras de Castilla.

Estoy seguro que nunca olvidaré esta escena, como estoy seguro que los PP. Lucinio Vallés, Vicente Mucio, Basiliano Montes, Ignacio Magaz y Angel Cereza, tampoco se olvidarán de los que quedamos. La divina Providencia quiso que los PP. Casiano García, Darío Gómez y Silvino Vadillo saliesen aquel mismo día con rumbo á las Islas Filipinas, y los PP. Zacarías Montalvo y Bonifacio Mata con destino á los colegios de la América del Sur, lo que aumentó la emoción de todos, y muy particularmente la mía, ya que habían

sido también condiscípulos y compañeros míos durante los ocho años de la carrera.

¡Quiera Dios que los nuevos misioneros sean fervientes propagadores de la verdad evangélica, y sucesores



AFRICA PINTORESCA.—GUINEA ESPAÑOLA: DANZANTES Ó BASTONEROS MORENOS, QUE CON SUS DANZAS Y EVOLUCIONES HICIERON LAS DELICIAS DEL PÚBLICO EN BASILÉ EL DÍA DEL CORAZÓN DE MARÍA.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Marcos Ajuria, C. M. F. (Pág. 201)

legítimos de los primeros valerosos mártires del Cristianismo, defendiendo con tesón la sana moral, ofreciéndose, si necesario fuese, á dar su vida por Jesucristo!

FR. D. M. SCHRÖDER,
Agustino, de la Provincia del Perú.

CHINA.—LA PERSECUCION DE LOS BOXERS

De los ciento sesenta y cinco mártires de San-Sien



SENTIMOS la más viva satisfacción y júbilo inexplicable al llegar á narrar los hechos gloriosos de los mártires de San-sien. Ofrécesenos aquí una pléyade de héroes que en un mismo día, y á la misma hora, hombres y mujeres, niños y ancianos, obtienen de sus perseguidores el más hermoso de los triunfos, siendo su constancia y su fortaleza en la fe, comparable á la de los primeros mártires de la Iglesia naciente.

Muchos eran los cristianos en San-sien, y mal quis- tos de los paganos que con ellos vivían en el mismo lugar, porque no concurrían con su cuota anual á los gastos de las representaciones teatrales, y mil otros géneros de superstición é idolatría que en los pueblos tienen lugar en determinadas épocas del año. Así es que habiéndose hecho público por todo el Shansi la persecución contra el nombre cristiano, patrocinada por las al-

tas autoridades provinciales, hubo paganos, especialmente dos, ricos en bienes de fortuna, y que hoy, por justos designios de Dios, viven reducidos á extrema miseria, que ofrecieron dinero á los boxers, á fin de que acabaran de una vez para siempre con los fieles católicos de su lugar. Poco después, el mandarín, enemigo declarado de la Religión, publicaba un Edicto en el que ordenaba á los cristianos que en un breve y determinado lapso de tiempo se presentaran todos en la pagoda y ofrecieran á los ídolos incienso y ofrendas idolátricas, hecho lo cual deberían acudir á su tribunal para recibir el testimonio de apostasía de la Religión católica, que les era indispensable si querían evitar una muerte segura. Mas los cristianos que diez días antes habían sido visitados por el sacerdote, luego mártir, D. Pedro Tchao, y hallábanse dispuestos á venerar los justos designios de Dios sobre ellos, desoyeron los inicuos mandatos y proposiciones de la autoridad. Es más, de-

terminaron *vim vi repellere*, oponer la fuerza á la fuerza, defender á capa y espada su querida iglesia, sus haciendas y sus vidas.

Era el 19 de Julio cuando los boxers, que habían recibido del mandarín orden de exterminio contra los cristianos, se presentaron en San-sien en número de más de mil, y armados de fusiles, espadas, lanzas y balistas de fuego. Algunos paganos, queriendo evitar efusión de sangre en su pueblo, más tal vez por superstición que por cariño verdadero á los cristianos, salieron al encuentro de los boxers, y les obligaron á no llevar á cabo sus criminales intentos, hasta que ellos avisaran de cuanto ocurría á los fieles interesados, esperando sin duda que ante peligro tan inminente apostatasen todos de la Religión católica. En efecto, una y otra y repetidas veces instaron ante los catequistas ó jefes de la Misión á que fingiesen por lo menos la apostasía, pues con eso ya ellos evitarían que en el pueblo hubiese nada anormal. Era que los pobres gentiles no conocían el temple de nuestros cristianos. Ante la terminante negativa de los héroes, volviéronse mohinos y cabizbajos para decir á los boxers que eran dueños de hacer lo que quisieran, puesto que los cristianos persistían en no abandonar sus católicas creencias.

Lanzando á los aires aullidos feroces y gritos de hiena irritada, penetraron en el pueblo los boxers, y como señal de comienzo de su obra nefanda dieron fuego á varias casas de cristianos. Verlo éstos, que se hallaban congregados en la iglesia, y lanzarse contra sus enemigos, unos veinte de aguerridos jóvenes, capitaneados por Tomás Van-ol-tan, fué cosa de un momento. La lucha entre los buenos y los malos duró bien poco, porque viendo los boxers que muchos de los suyos caían muertos ó heridos, incluso su capitán, mientras que el número de los buenos no disminuía, ¡ea! ¡pies en polvorosa! dijeron, y diciéndolo huyeron como perseguidos por un ejército de diablos salidos del infierno. De los cristianos murió uno solo, precisamente el joven que los capitaneaba, á quien por lo mismo que halló la muerte así, aunque en muy justa defensa, la historia no le cuenta entre los mártires.

Después de esto los cristianos todos abandonaron sus hogares, y en la seguridad de que sus días eran contados se reunieron en la iglesia, disponiendo que las mujeres y los niños ocuparan el interior del templo, mientras los varones se quedaban en el atrio exterior, que hallábase rodeado de un bajo muro de tierra. Pasaban las horas en continua oración, y cuando fatigados descansaban, una piadosa virgen, Paula Vani, leía en voz alta piadosos libros, cuya lectura recreaba su espíritu y dábale fuerzas para las grandes batallas del Señor que se aproximaban.

En el entretanto tampoco dormían los boxers, quienes dijeron al mandarín: «Los cristianos tratan de defenderse, y es necesario que cuanto antes envíe á San-sien un refuerzo de soldados bien armados, con cuyo eficaz auxilio nos sea posible terminar con cuantos sirven á la Religión propagada por los europeos.» En efecto, el indigno mandarín ordenó que una compañía de cuarenta soldados armados hasta los dientes se pusieran en camino: «Id, les dijo, y si los cristianos convienen en abandonar sus creencias religiosas, acatando nues-

tros mandatos, sabed que no os es lícito causarles daño alguno; mas si por el contrario perseveran en su fe, matadlos sin que uno sólo pueda por motivo alguno ser perdonado.»

El 20 de Julio, á la media tarde, los soldados seguidos de una muchedumbre de sectarios llegaban á las puertas de San-sien, y sintiéndose fatigados de la caminata, pensaron no comenzar hasta el día siguiente la *gran batalla* contra los cristianos. Estos al saberlo, escucharon con voto unánime la voz de la virgen Paula que decía: «Dios nos quiere mártires: preparémonos á obedecer resignados y contentos los designios de la amorosa Providencia divina; seamos mártires de la Religión.» Y al efecto, los catequistas y varones todos, después de breve deliberación, resolvían no oponer resistencia alguna á sus perseguidores, toda vez que ahora venía contra ellos la fuerza regular armada, y con órdenes de la autoridad constituída. Al día siguiente los soldados temían emprender la ofensiva, pues creían á los cristianos capaces de una varonil y enérgica resistencia, pero no faltaron unos pocos valientes que saltando el muro del atrio abrieron sus puertas y las de la iglesia, quedando sorprendidos al ver que los fieles les miraban impassibles y dejaban hacer lo que quisieran. Seguros ya los soldados y la chusma de vámpiros ebrios de sangre cristiana, con infernal gritería de *sa-sa*, «muerte, muerte al cristiano,» y dividiéndose en varias secciones á fin de que ninguno de los cristianos pudiese escaparse, dieron comienzo á la horrenda hecatombe.

¡Espectáculo sublime, grandioso, el que dieron los fieles de San-sien! Las mujeres, formando todas ellas compacto grupo, arrodilláronse en medio de la iglesia ante el altar bendito de la Santísima Virgen, y una tras otra, invocando los dulcísimos nombres de Jesús y María, caían al suelo mientras sus hermosas almas subían gloriosas al cielo. Los varones, igualmente, sin oponer la más leve resistencia, ofrecían sus cuellos á los verdugos. ¡Cuánta barbarie de parte de los perseguidores! ¡Qué hermoso el triunfo de los ciento sesenta y cinco mártires de Jesucristo! Grima da el pensarlo, cuanto más el tener que decirlo, ¡aquellas bestias humanas, que no otro calificativo merecen, cometieron groserías inexplicables con los cadáveres de las mujeres, y, cual si ello no bastase, á todos, hombres, mujeres y niños, les arrancaron las entrañas y el corazón! ¡Ante espectáculo tan horripilante, ante tan inaudita barbarie, diríase que el infierno se había trasladado á la tierra!...

Una mujer tan sólo, María Ho, logró salvarse de la muerte, permitiéndolo tal vez Dios Nuestro Señor para que fuese como testigo de vista que bajo juramento formal testificara en los tribunales eclesiásticos lo acaecido en tan aciagos días. Hallábase escondida tras una puertecita, y herida levemente, cuando los soldados cesaron de disparar sus armas salió de su escondite, diciendo que ella no era cristiana, pero invocando al propio tiempo en su corazón los santísimos nombres de Jesús y María. Vive aún esta mujer, y júzguese como se quiera lo hecho por ella en tan angustiosa situación, es el caso que hoy se conserva fervorosísima cristiana, y llora amargamente el haber dejado perder tan bella ocasión para subir al cielo con sus compañeros.

Habiéndose cerciorado de que todos estaban ya muer-

tos, los boxers, ayudados de los malhechores que les seguían, reunieron en informe montón las cabezas, piernas, brazos y los cadáveres todos de los ciento sesenta y cinco mártires en medio de la iglesia, y en seguida dieron fuego al edificio, en cuyo incendio esas sagradas reliquias quedaron reducidas á cenizas. Dios se dignó manifestar al mundo lo acepto que le había sido el holocausto de sus fieles adoradores, pues cuando la iglesia y los cadáveres ardían, vióse que una hermosísima blanca nube de humo subía rectamente desde el lugar del fuego hasta el cielo, perdiéndose en el firmamento, y que nunca vistas bellísimas mariposas revoloteando

entre la columna de humo subían, subían dulcemente á las alturas hasta perderse de vista. Pudieron verlo todos los paganos, los que extraordinariamente maravillados y tiernamente conmovidos decían: «¡Oh! la Religión cristiana debe de ser verdadera, y, si lo es, esas que semejan hermosas mariposas son sin duda las almas de los que han muerto por su fe y que vuelan al cielo empíreo.»

FR. JOSÉ M.^a DE IRUARRIZAGA, O. F. M.
Misionero Apostólico.

(Continuará).

Noticias del Africa española

Nueva Misión.—Con el fin de abrir una nueva Misión católico-española en Nador (Melilla), y atender así á las necesidades espirituales de los cristianos de los territorios comarcados, Zeluán, Cabo de Agua, Ségangan, San Juan de las Minas, etc., ha salido para dicho punto, el 10 del actual, el R. P. Juan Rosende, meritisimo Misionero de Marruecos. ¡Que las santas aspiraciones del P. Rosende sean cumplidas!

Nuevo Colegio de Religiosos en Tetuán.—Debidamente autorizados por el Ilmo. señor Vicario Apostólico de Marruecos, que á ello accedió gustoso por tratarse de un poderosísimo elemento para el bien general de todos, se abrirá muy pronto en Tetuán, casa de Abeir, actual «Hotel Victoria», un Colegio de niños, á cargo de los Hermanos Marianistas, bajo la dirección del R. P. Abdón Pereda y Fernández de Gamboa, para el que de corazón deseamos los más felices éxitos.

Medarsats ó Universidades musulmanas.—En Marruecos, lo mismo que Oriente, tenían y aún tienen los árabes varias de estas «Medarsat», colegios religiosos, propiedad del Estado unos y de las Mezquitas otros, en los que, según su categoría, se concede á los jóvenes musulmanes los títulos de «talec» ó erudito, «alfaquí» ó doctor, y de «alem» ó «ulema», que es el más estimado de todos, por considerarse á los que lo llevan como maestros de la ley. En estas Universidades, al menos en la de Fez, superior á todas las actualmente existentes en Marruecos, llamada «Dar-el-Salem», casa del saber, se enseñan elementos de Astronomía, Geometría, Cosmografía, etc., etc., sin omitir las principales tradiciones musulmicas y los hechos más sobresalientes de algunos soberanos del Imperio.

Una obra de arte.—Por iniciativa de S. M. el Rey, se ha remitido á las autoridades locales de Tetuán una artística lápida para su colocación en una de las principales plazas de la capital del Protectorado español. Es dicha lápida verdadera obra de arte, trabajo de los obreros monárquicos de Barcelona, que se le ofrecieron el año pasado á Don Alfonso, como adhesión y cariño al joven monarca.

Cuantas personas han tenido el gusto de observar el bonito y meritorio regalo, hacen los más grandes elogios

de la ejecución, que pone de manera evidente el adelantado artístico de los obreros catalanes.

La lápida es toda de mármol, lleva la inscripción de «Plaza de Alfonso XIII» en preciosos caracteres de delicado gusto caligráfico. Toda ella está rodeada de una palma, y él todo encerrado por un lindísimo marco cincelado.

Nuevo puente.—El Alto Comisario ha dispuesto que la Delegación de Fomento construya uno de mampostería frente á las posiciones de Izarduy.

Ya han comenzado las obras, y con tal actividad se llevan, que en el próximo mes de Noviembre quedarán terminadas, antes que las grandes crecidas del Martín comuniquen á Tetuán con Beni-Hozmar.

Constitución de una mutualidad.—En el Monte Uixan, territorio de Melilla, acaban de reunirse doscientas personas, entre españoles é indígenas, para llevar á práctica la gran idea, iniciada por D. Rafael Roda, de constituir una Mutualidad entre los funcionarios y obreros de plantilla, cristianos y moros, de la Compañía española Minas del Rif.

El Consejo de Administración acogió la idea con tan gran entusiasmo, que, por unanimidad, votó un primer donativo de cinco mil pesetas, base de la Caja de Ahorros, en funciones ya desde primeros de Septiembre.

Todos los empleados de plantilla dejarán el dos por ciento de su sueldo á beneficio de la Caja de Ahorros, destinándose el setenta y cinco como fondo mutual y el veinticinco para auxilio y previsión. El cincuenta por ciento de los fondos disponibles se dedicará á librar á los socios de la usura, concediéndoles anticipos, que podrán reintegrar á largos plazos; y el otro cincuenta, se invertirá en valores reproductivos. Los donativos que después de sus balances haga la Compañía, engrosarán el capital social y por lo tanto individual. Cada empleado dispondrá después de un fondo para su vejez, con pequeños sacrificios. (*Ciencia y Virtud*).

Un puente sobre el Kert.—Una operación afortunada, dice *El Telegrama del Rif*, de Melilla, borró la línea del Kert, divisoria de la tierra pacificada y de la rebelde, asestando rudo golpe á la moral de los cabileños hostiles.

Cruzando el cauce del río en el buen tiempo, los aprovisionamientos se han venido verificando fácilmente por la escasez de agua en el estiaje, que permite cómodo paso á infantes, jinetes y carruajes; pero había que pensar en los meses del invierno, en la época en que el río, sujeto á su régimen torrencial, se enriquece con las aportaciones de los barrancos incontables y presenta obstáculos y riesgos al vado.

La reconocida previsión del mando no podía dejar de plantear este problema y de buscar los medios de solucionarlo.

En efecto, según nuestros informes, se trata de tender un puente sobre el río Kert, en el sitio más favorable, en vista de las necesidades de hoy y de las que mañana puedan presentarse.

Los coroneles jefes de la Comandancia de Ingenieros y de la Oficina central de asuntos indígenas, señores Montero y Ardanaz, han recorrido las orillas del río, reconociendo detenidamente los puntos más favorables para la realización del proyecto desde el punto de vista técnico y también con miras á la obra política que se realiza, toda vez que este lado de la cuestión es para tenido muy en cuenta.

Hay, pues, motivos para esperar que no ha de pasar mucho tiempo sin que las riberas del Kert se hallen enlazadas por los tramos de un puente, á cuyo tendido

habrá que conceder, no sólo alta importancia militar, sino trascendencia muy considerable en lo que se refiere al mejoramiento de los territorios en todos los órdenes.

Será, sin duda, una obra que beneficiará en extremo al comercio y á la agricultura del Rif, que consolidará nuestra influencia y que además la acrecentará no poco y extenderá á regiones que todavía siguen resistiéndose á reconocer las ventajas que la presencia de nuestros soldados lleva á todas partes, con su misión de paz y de progreso."

Dice un periódico de Ceuta refiriéndose al incremento que ha tomado aquella ciudad, que por todos los indicios que se la juzgue, su vecindario, que era en el año 1900 de 24,000 habitantes, supera hoy la cifra de cuarenta mil.

Se extiende con este motivo en muy atinadas consideraciones que demuestran la exactitud de los razonamientos del colega.

Poco á poco nuestra obra colonizadora en Africa se manifiesta con tonos más fuertes.

Pocos son los pueblos que en un lapsus de tiempo parecido al de la actuación de España en Marruecos, pueden ofrecer al mundo el ejemplo que nosotros actualmente estamos dando.



El Catolicismo y los indígenas antropófagos

¿PARA qué gastar tiempo, dinero y sangre para civilizar á unos indios incapaces de civilización? Las razas inferiores han de ceder el paso á las superiores..." Eso dicen los nuevos bárbaros que han producido las escuelas ateas modernas. Por la misma razón habría que matar á todos los tontos que vayan naciendo, y á todos los que no saben cultivar sus posesiones.

El Catolicismo tiene principios muy distintos y aprecia de otra manera el valor de la vida humana. Para él todos los hombres, ricos y pobres, blancos y negros, europeos é indios, son hijos de Dios, y merecen el respeto y tienen los derechos que competen á todo hijo de tal soberano. ¿Por qué ese Padre universal quiere tener hijos de tan diversas razas, de tan diferente capacidad? Esa es cosa que no le toca al hombre escudriñar. Todos ellos están destinados á una vida más feliz en el reino de los cielos: todos ellos tienen buenas cualidades que aprovechar y defectos que corregir (tal vez no son menores en malicia los de las razas civilizadas); todos ellos para conseguir su futuro destino han de buscar la verdad, vencer sus pasiones y cumplir los mandamientos.

Salvar á uno solo de esos seres es una obra que vale más que todas las riquezas del mundo, para cuya consecución está bien empleada la sangre de los misioneros, pues lo estuvo la del mismo Cristo. El Catolicismo se empeña, pues, en conservar y salvar no sólo á todas

las razas que ha puesto Dios en este mundo, sino á todos los individuos, cualquiera que sea su familia, su ciencia, su posición social y aun sus vicios. La Iglesia los estima por lo que son y por lo que pueden ser. Mas, prescindiendo de teorías, veamos en un ejemplo práctico que ése es en efecto el espíritu que anima, aun hoy día, á los misioneros católicos.

El R. P. Rovel, S. M., describe en las *Catholic Missions* (Julio 1915) sus afanes entre los antropófagos del pueblo de Thouailou (Nueva Caledonia). "Este país, dice, está enrojecido con la sangre de nuestros mártires: Mons. Proane, Mons. Praysse, P. Rongeyron y otros misioneros que aquí trabajaron, ayudados con las limosnas, y fortalecidos en el combate con las oraciones de sus amigos.

"Las ceremonias del culto se hacen, de propósito, con gran aparato á pesar de lo miserable de nuestras iglesias. Cuando pienso en las almas de nuestros 560 cristianos rodeando, como soldados la bandera de Cristo, la cruz, la esperanza de los sucesores de San Pedro, mi corazón se hincha de gozo. El misionero que se penetra de la grandeza de su Misión, toca uno de los mayores misterios de Dios.

La conversión de las almas es un acto sobrenatural, independiente de la voluntad, de los deseos, de los esfuerzos ó de las industrias del hombre. ¿Por qué tal salvaje perdido en medio del bosque abraza la fe, mien-



CHINA.—HUAN-TONG: CAPILLA DEL SAGRADO CORAZÓN DE TUNG-CHAI.—Reproducción directa de fotografía enviada por el P. M. Rey

tras otro muere á la puerta de la iglesia sin entrar en ella?

Cuando en la otra vida se nos revelarán estos misterios, quedaremos pasmados de admiración á la vista de los caminos de Dios. Pero lo que fascina es observar el desarrollo de la gracia en el alma del hombre, y ver cómo, tras la curiosidad, entra la fe.

Durante veinte años los sacerdotes han trabajado aquí, y aún algunos difieren el dar el bautismo. Considerando la sangre caliente que durante siglos ha corrido en las venas de estos paganos ¿á quién sorprenderá que sea difícil substituir lo animal por lo espiritual? Os acordáis lo que San Pablo escribía de los Cretenses: «Sois mentirosos, bestias glotonas.» Eso es verdad para nuestros indígenas.

Los primeros misioneros hallaron estos pueblos *duros de corazón, obstinados, vengativos, violentos, soberbios y crueles*. Poco á poco esos rasgos han desaparecido en sus descendientes cristianos, como el oro se purifica con el fuego. Tal es la influencia de la gracia de Dios.

Más de uno de nuestros actuales cristianos ha probado carne humana en su juventud. «¿Sabe tan bien como bananas tostadas?» preguntó el Padre á un antiguo convertido.

«¡Oh Padre! muy superior,» contestó el hombre, so-

bando el estómago con sus manos, saltándole los ojos de gusto y lamiéndose los labios, como quien recuerda un regio banquete.

Las delicadas atenciones, que de manera inesperada manifiestan al misionero, prueban que la humanidad es la misma en todo el mundo: encontramos muchos corazones cariñosos y agradecidos.

Un viejo estando para entrar en el hospital de leprosos, vino á ofrecer un caballo al Padre. Conociendo su extremada pobreza, el Padre quería pagar el animal: «Déjeme, le decía, pagar siquiera los pies de delante.»

—«Ni los de delante, ni los de atrás. Quiero regalarle todas las patas al Padre,» contestó el hombre.

Otra vez un misionero fué á visitar á un pobre febril. Al partir se le arrima un viejo dejándole medio dólar en la mano: «Es todo lo que tengo, dijo, se lo doy de buen corazón.»

He aquí otro ejemplo de adelanto espiritual. Al salir de la capilla cierta mañana, hallé á una pequeña niña *Cogiendo flores en el jardín.*

—«¿Para quién es este ramillete?» pregunté.

—«Para mi amigo de abajo,» contestó la niña, señalando una pequeña tumba en el cementerio del lado.

Por otro lado notamos cierta dureza en la vida de familia que choca con nuestra delicadeza. Una mujer,

bien preparada para morir, falleció de mal de corazón. Su hijita corría alegre por la casa durante la enfermedad de su madre, y la acompañó al entierro con perfecta indiferencia.

Los padres cuidan de los hijos mientras son pequeños, pero los dejan emanciparse y vivir en completa independencia en temprana edad. Los pequeños, mientras viven con sus padres, se ausentan de la casa ó siguen su propia voluntad de diversos modos, sin temer contradicción ni pregunta alguna.

Si una familia no tiene niños, los vecinos les traen unos para que los adopten y les trasmitan honorablemente su nombre.

Una boda en Nueva Caledonia es cosa curiosa. Alfredo y Adela se enlazaban con el vínculo del matrimonio.

Durante la Misa Adela lloraba amargamente según la costumbre del país. Al hacer las promesas, ella cerraba lo más apretadamente que podía el puño, mientras Alfredo procuraba ponerle el anillo al dedo.

Secretamente dichosa, aparentaba tristeza y se quedaba largo tiempo en la iglesia después de Misa, antes de consentir en salir á recibir las felicitaciones de sus

amigas. El día siguiente y de igual manera se casaba otra pareja.

Estos cristianos son el núcleo de las nuevas casas que se van edificando todas en derredor nuestro. La fe los ilumina en la vida y en la muerte.

Hace algún tiempo enterramos á Ana, *una anciana cristiana* que conoció el país en los días de las tinieblas del salvajismo. Aunque gastada y enferma, quedaban algunos rasgos de hermosura en su rostro y facciones. Después de su bautismo había convertido á muchos de sus amigos, y sus últimos días fueron tranquilos y dichosos.

«¿Piensa V. en Jesús?» le pregunté mientras estaba recostada tranquilamente, apretando las cuentas de su rosario.

—Sí.

—Piensa en María?

—Pienso en los dos.

En su delirio recitaba páginas de su catecismo, recordando el tiempo en que lo enseñaba á otros. La acompañé hasta la tumba. Envuelta en su estera, más feliz que muchas señoras de la elegante sociedad, dormía tranquilamente en un lecho de césped.

Las Religiosas y la guerra

La Hermana Julia



HABÍA en la Lorena un pueblo pequeño, cuidado, de limpias calles, de alegres y aseadas casas presididas por una iglesia de elegantes líneas, desde cuyo campanario se dominaba la vasta extensión de un dilatado paisaje lleno de bellezas. Este pueblo se llamaba Gebervillier.

Un día, cuando la invasión alemana, las fuerzas del Kaiser llegaron muy cerca de la población en la que suponían que habían de entrar sin dificultad. No fué así, sin embargo, ya que un puñado de valientes, setenta cazadores, había recibido la orden de resistir, costara lo que costara, á las fuerzas enemigas. A tal efecto se atrincheraron cerca de un puentecillo por el que se salvaba el Montagne y desde allí, haciendo derroche de heroísmo, defendieron el paso durante el día causando terribles pérdidas á una brigada bávara que tenía la consigna de avanzar á costa de cuantos sacrificios precisaran. Inútil decir que de aquellos valientes pocos, poquísimos, consiguieron salvar la vida: casi todos cayeron haciendo ofrenda de su vida á la patria y consiguiendo que las tropas que se hallaban á retaguardia pudiesen, en unas horas, consolidar sus defensas para oponerse á la marcha del invasor. Los sobrevivientes, llegada que fué la noche y cumplida su misión, hasta donde fué humanamente posible, se retiraron

huyendo de Gebervillier. Entonces los bávaros cayeron sobre el pueblo como una avalancha. ¿Qué pasó luego? El furor contenido durante largas horas se desbordó, y en las calles del pueblo, pocos momentos después, yacían infinidad de cadáveres.

Los resplandores del incendio surgieron bien pronto de todos lados en tanto que un grupo de oficiales, temerosos de que en el pueblo hubiesen fuerzas escondidas, se dedicó á inspeccionar las casas que no eran todavía pasto de las llamas. Entre éstas aparecía allá en el extremo del pueblo un edificio de forma rectangular, de blanca fachada sobre la que ondeaba una bandera con la cruz roja. Era el Hospicio.

Antes de que los oficiales hubiesen atravesado el dintel de la puerta, les salió al paso una monja de rostro bondadoso y dulce, pero en cuyos ojos resplandecía una mirada enérgica, llena de resolución.

—¿Qué desean los señores oficiales? díjoles antes de que la interpelasen.

—Venimos á visitar el Hospicio para saber si hay escondidos en él soldados ó armas.

—Ni soldados, ni armas—contestó la Hermana con voz reposada. Pero aunque de ello les dé á ustedes mi palabra, yo les ruego que visiten la casa para que al hacerlo puedan convencerse de que no hay en ella más que heridos. Pasen ustedes.

Los oficiales, algunos de los cuales llevaban el revólver en la mano, penetraron en la benéfica casa, siguiendo los pasos lentos de la Hermana.

—Algo difícil será la visita—díjoles ésta con una triste sonrisa—porque en este modesto Hospicio en el que sólo habían 30 camas, se albergan hoy más de trescientos heridos.

En efecto, al entrar en un largo corredor que dividía en dos salas el edificio, vieron los oficiales que el

Vengan ustedes—dijo la Hermana cuando salieron de la última sala—que aún queda la capilla: también tenemos en ella heridos.

Los alemanes entraron en una pequeña habitación, á través de cuyos cristales se veían las llamas del incendio que devoraba el poblado. Sobre el altar, un Cristo alumbrado por dos velas extendía sus brazos amorosamente, pareciendo querer proteger con ellos á los heridos que descansaban en los colchones extendidos



TURQUÍA.—VISTA GENERAL DEL GRANDIOSO MONASTERIO DE VATOPEDI, UNO DE LOS PRINCIPALES DE MONTE ATHOS
Reproducción directa de fotografía enviada por M. Cazot

suelo estaba lleno de colchones sobre los que descansaban los infelices heridos, de tal suerte que en algunos momentos era preciso pasar por encima de ellos. Los alemanes se detenían al pie de cada colchón, y en tanto que uno, levantando las sábanas si era preciso, comprobaba que realmente se trataba de un herido, otros con el revólver en la mano se mantenían dispuestos á repeler cualquier sorpresa. Después del corredor fueron visitadas las salas por las que se hacía aún más difícil circular, ya que el suelo estaba lleno de colchones y hasta en varios sitios el espacio que mediaba entre cama y cama.

sobre el pavimento. Una Hermana estaba vendando á uno de ellos. El suave olor del incienso que tantas veces recogiera, en las horas serenas de la paz, las plegarias de las monjas, para elevarlas al cielo, había huido de allí: ahora se respiraba una atmósfera impregnada de sangre, yodo y ácido fénico.

Ya ven ustedes—dijo la monja—no tenemos más que heridos á los que difícilmente podemos atender, ya que no somos para ello más que seis Hermanas. Y sin embargo—añadió con acento de orgullo—ya han visto ustedes que nada les falta: sus ropas están limpias y su caldo y sus medicinas siempre á punto. Mientras dos

de nosotras vamos recorriendo las salas, otras dos se cuidan de preparar la alimentación y las medicinas, y las otras dos las vendas, el algodón, los lavajes, etc. Durante la noche, cuando la mayoría de ellos descansan, nos dedicamos todas, menos una que queda de guardia, á lavar las ropas, porque ¡hace falta tanta!...

Los alemanes escucharon el relato sin pestañear, impresionados por la naturalidad con que aquella mujer daba cuenta de cómo cuidaba aquel hospital que acababan de ver, aquella obra admirable.

—Y ¿cuándo duermen ustedes?—preguntó uno de ellos.

La Hermana se quedó un instante mirándolo con asombro, y luego sonriendo dulcemente repuso con sencillez:

—¡Nunca! Hace diez días que no hemos cerrado los ojos.

Los alemanes, no sin cierta emoción dieron por terminada la visita. Cuando estuvieron en la puerta uno de ellos preguntó á la monja:

—¿Cómo se llama usted?

—Hermana Julia—repuso la monja con alguna vacilación.

—Pues bien, Hermana Julia, necesito que usted me firme una declaración jurada en la que haga constar que no ha organizado resistencia alguna en esta casa y que no hay en ella ni soldados ni armas. Sólo así podré justificar ante mis superiores la infracción que cometo en el cumplimiento de mi deber, ya que tenía la orden de quemar todas las casas de este pueblo sin excepción alguna.

La Hermana Julia bajó la cabeza en señal de asentimiento: se extendió la declaración y aquélla con pulso sereno la firmó. Al devolver la pluma que un oficial le había entregado, éste la recogió, y luego con disimulo, en tanto que sus compañeros salían á la calle, besó con respeto la cruz que pendía del cuello de la Hermana.

El incendio destruyó por completo Gebervillier: de sus quinientas casas no quedó en pie más que el hospital blanco, que surgía de entre un montón de ruinas como algo inmaculado, protegido por los pliegues de la bandera de la Cruz Roja. Los pocos habitantes que queda-

ban buscaron refugio en él, y la Hermana Julia, á pesar de sus trescientos heridos encontró todavía un rincón para ofrecerles descanso y una blanca sábana más con que cubrirles. La Hermana Julia los cuidó como si fuesen hijos suyos. Por las mañanas le ayudaban en las faenas del hospicio y por la tarde les dejaba salir á todos que vagaban como almas en pena largas horas entre las ruinas de lo que fueron sus hogares. Y cuando al atardecer volvían al hospitalario refugio, con el alma dolorida y los ojos arrasados de lágrimas por la contemplación de tanta desdicha, la Hermana Julia los recibía con una dulce sonrisa que vertía sobre sus almas infinito consuelo...

No muy lejos del Hospicio había un campo, en el que se levantaban varias cruces; allí descansaban eternamente los pobres soldados que murieron en el Hospicio. Los domingos, cuando caía la tarde, las Hermanas salían de la capilla después de hacer ofrenda de sus oraciones al Dios de los ejércitos; vagaban luego por una llanura próxima á una carretera bordeada de altos álamos y poco rato después aquel campo aparecía cubierto de flores. No eran para ellas aquellas tumbas anónimas. Sabían muy bien el cuerpo que cubría cada montón de tierra y recordaban al hombre que cuidaron, al que prodigaron consuelo, del que recogieron tristes miradas de gratitud...

Cuando tiempo después algunos de los habitantes regresaron á Gebervillier, los que en él quedaron no sabían pronunciar más que un nombre: el de la Hermana Julia.

Pero la Hermana Julia huía siempre de la celebridad que quería atribuírsele é iba á encerrarse en el reposado rincón de la capilla. Un día, sin embargo, le fué forzoso salir de allí para permitir que el generalísimo prendiese en su pecho la misma cruz que colocaba en el de los héroes.

Y la Hermana Julia, confundida, llena de rubor y de emoción, hubo de consentirlo, para regresar en seguida á la soledad del oratorio y hacer la ofrenda de su Cruz al Todopoderoso, como antes lo hiciera de sus lágrimas y de sus sufrimientos...

JORGE L. DE SAGREDO.

(De *La Vanguardia*).

RECUERDOS DE MI MISIÓN

Diversas profesiones de fe entre los armenios, y sus respectivos privilegios civiles en el imperio otomano

(Continuación)

Melkitas. Los Griegos católicos de Siria y de Egipto se llaman *Melkitas* y están bajo la jurisdicción de un Patriarca, que lleva el triple título de Patriarca de Antioquía, de Alejandría y de Jerusalén. La denominación de *Griegos melkitas* expresa hoy dos ideas: la una, que los fieles de esta Iglesia observan el rito griego, y la otra que parte de su liturgia ha sido traducida al árabe, que es la lengua vulgar de los *Melki-*

tas. El término de *melkita* data del siglo V y viene de la palabra semítica *melek*, que significa rey ó emperador. Cuando el emperador Marcian, en 451, mandó promulgar los decretos del Concilio de Calcedonia contra Eutiques y Dióscoro, los fieles de la Iglesia de Oriente se dividieron en dos campos: los unos rehusaron someterse á ellos y fueron denominados *Mardaitas* ó rebeldes, y los otros los aceptaron y fueron deno-

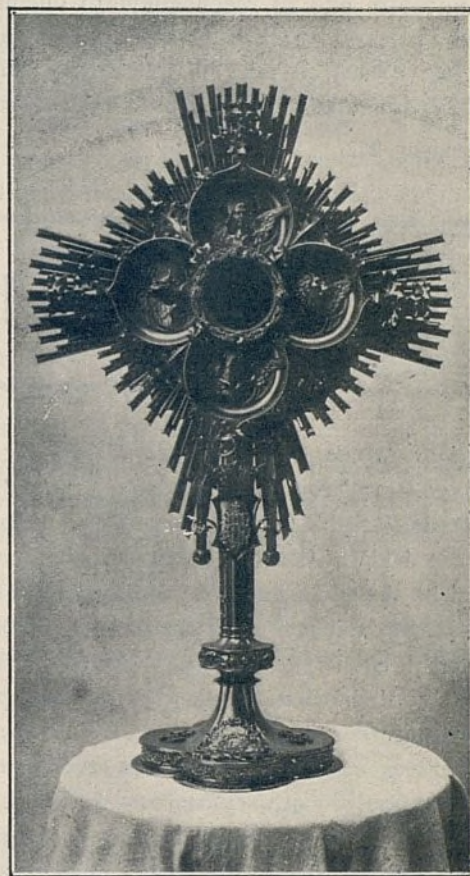
minados por espacio de algún tiempo *Calcedonienses*, á cuyo nombre se sobrepuso muy luego el apodo de *melkitas* ó «imperialistas» dado por sus adversarios. Más tarde, cuando el territorio de los tres Patriarcas de Antioquía, de Alejandría y de Jerusalén cayó en manos de los árabes, se continuó á dár el calificativo de *melkitas* á los Patriarcas de Antioquía, cuya Iglesia había conservado el rito griego, aun cuando los fieles, abandonando la propia lengua, hubiesen cogido de los conquistadores la lengua árabe y la introdujeran en la liturgia. Después de Focio y Miguel Cerulario, los Patriarcas de Antioquía, que, en general, amoldaban su conducta á la de los Patriarcas de Constantinopla, se separaron de la Iglesia de Roma, y la Iglesia *melkita* desapareció como Iglesia unida. Algunos de los Patriarcas sin embargo, especialmente en la época de los cruzados, probaron de aproximarse á la Iglesia latina, pero sus conversiones fueron siempre aisladas y de poca resonancia (1).

La jerarquía persistente de Patriarcas *melkitas* unidos, ó sea la verdadera *Iglesia melkita*, comienza con la elección del Patriarca Cirilo, el año 1724. Hasta allí, desde el siglo anterior, la silla de Antioquía fué ocupada unas veces por Patriarcas unidos, otras veces por Patriarcas no unidos á Roma. El partido católico allí existente conseguía de tiempo en tiempo llevar al patriarcado alguno de sus miembros (2). Sólo en 1728 se produjo la bifurcación definitiva, y la Iglesia *melkita* quedó completamente constituida y separada. El primer *pallium* concedido á un Patriarca *melkita* fué el enviado por un breve de Benito XIV en data de 29 de Febrero 1744 (3). Y á partir de esta época, la palabra *melkita* comienza á no designar más que los fieles de Siria y de Egipto, de rito griego y de lengua árabe en comunión con la Iglesia romana (4).

Hasta el año 1841 la silla patriarcal de esta Iglesia estuvo siempre en el Monte Líbano, á donde la llevó el Patriarca Cirilo escapado de Damasco. En aquel año fué ya posible al Patriarca *melkita* de volver á instalarse en esta última ciudad, aunque el seminario de Aïn-Traz en el Líbano sigue siendo, como hasta allí, la morada ordinaria, al menos durante el verano, de los Patriarcas (5).

La Comunidad *Melkita* fué reconocida oficialmente por el Gobierno otomano el mes de Enero de 1848, por un escrito otorgado al Patriarca Mazlum. Hasta aquel año estuvo sometida, ante el Gobierno, por espacio de algún tiempo á la jurisdicción de los Patriarcas no unidos, y desde el 1831 á la del Patriarca armenio católico (6). Steen transcribe algunos de los considerandos del mencionado rescripto imperial: «Bien, dice, que una de las cláusulas contenidas en nuestro ilustre rescripto (*berat*), que está entre las manos del Patriarca católico de Constantinopla, haya decidido que todas las Comunidades católicas, *melkita*, siriana, caldea ó ma-

ronita, existentes en mis Estados bien fornidos de *murakkas* (representantes patriarcales provinciales), de obispos, de párrocos, de sacerdotes ó religiosos y de todos sus secuaces, grandes y pequeños, debiesen dirigirse á él como su propio Patriarca para todos los asuntos relativos á los Patriarcas, es no obstante mi



CUSTODIA DE PLATA DORADA DE ESTILO GÓTICO, DESTINADA AL «INSTITUTO ECONOMÍA DOMÉSTICA», DE BUENOS AIRES (REPÚBLICA ARGENTINA). — Reproducción directa de fotografía

(Exquisito trabajo de orfebrería construido en los talleres del Sr. Ginabreda, de Barcelona)

sublime y real deseo que se dé á título de favor, conforme á una decisión tomada por mi ilustre Consejo (Ministerio) de la Justicia (*adliyé*) á cada uno de los *murakkas* siriano y caldeo, un *berat* particular confirándole el título de Patriarca y redactado con arreglo á la forma antigua.»

«En lo que se refiere á la Comunidad *melkita*, cuyos partidarios son también mis súbditos, al igual que los sirianos y caldeos, aquéllos forman una nación (comunidad) distinta, cuya dirección se encuentra de hecho entre las manos de aquel que es la gloria del pueblo cristiano, Máximo Mazlum... Pero este último no había tenido, hasta el presente, un *berat* reconociéndolo en esta calidad; sin embargo, la reclamación hecha por él á este fin, habiendo sido acogida favorablemente por mi sublime Consejo el cual ha decidido ser urgente concederle, por un *berat*, el título de Patriarca, mi voluntad ha aprobado esta decisión, que yo sanciono por mi poderosa orden imperial. Siendo, pues, mi sublime y real deseo que se mande á ejecución la decisión en

(1) Steen de Jehay, pág. 268: A. Vacant, *Diccionario de Teología Católica*.

(2) *Ecos de Oriente*, tom. IV, pág. 331.

(3) Benedicti XIV. *Bullarium Præti*, tom. I, pág. 349.

(4) Steen, pág. 270.

(5) Idem, pág. 271.

(6) A. D'Avril, *Los Griegos Melkitas*, pág. 19.

cuestión, yo doy á Máximo Mazlum, arriba mencionado, mi presente *berat* imperial, confiriéndole la jurisdicción patriarcal de los griegos melkitas católicos que habitan las villas de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y todos mis Estados bien defendidos» (1). La curiosidad de este lenguaje imperial nos obligó á transcribir esta parte del *berat*.

Es de advertir que el reconocimiento oficial por el Sultán del Patriarca melkita aporta á éste y á su Comunidad los mismos privilegios que están reconocidos á las demás Comunidades cristianas del Imperio. Su

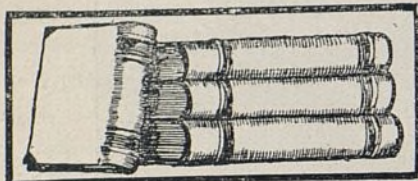
(1) Steen, pág. 272.

representante en Constantinopla, para todos los negocios que la Comunidad tiene que tratar con el Gobierno otomano, es un seglar que lleva el nombre de *Verkil* (suplente ó representante).

El número de melkitas que habitan en las provincias armenias del imperio turco, es, según el Sr. V. Cuinet, de 25,089. Las *Missions Catholiques* reducen ese número casi á la mitad. No sabemos cuántos querrá dar á las provincias armenias, A. D'Avril, de los 150,000 que supone en todo el Imperio otomano.

P. MANUEL TRIGO, O. F. M.

(Continuará).



BIBLIOGRAFIA



Meditations sur le Chemin de la Croix, par l'Abbé H. Perreyve.—17.^a édition in 32; prix, 1 fr.—P. Tequi, editeur. Paris.—Piedad y verdadera unción respiran las meditaciones del Vía Crucis que anunciamos, y son elocuente prueba de ello las muchas ediciones que alcanzan, las que demuestran cuánto complacen á la numerosa parte verdaderamente católica de la vecina nación: con gran acierto siguen á las Meditaciones el ejercicio que para practicar el Vía Crucis escribiera en italiano San Leonardo de Porto Mauricio, breves oraciones cuya tierna sencillez revela el corazón de un Santo, y otras numerosas oraciones y meditaciones escogidas con gran acierto: es, en conjunto, un excelente devocionario, el más á propósito para los miembros de las asociaciones del Vía Crucis.

Le Guide spirituel, ou le miroir des âmes religieuses, par le B. Louis de Blois, traducida par M. l'abbé F. de Lamennais.—Nouvelle édition in 32, suivie de *Maximes spirituelles* de Saint Jean de la Croix. Prix, 1 fr.—P. Tequi, editeur, Paris.—Escrita para dirigir un Religioso que aspiraba á la perfección, la obrita del B. de Blois será leída con provecho por todos los fieles: se caracteriza por la intensidad de sus sentimientos, por la ternura é ingenuidad de su expresión. Completan la obrita máximas escogidas de nuestro angelical San Juan de la Cruz.

Antología alemana, teoría y práctica del alemán, por el R. P. Antonio Guasch, S. J., profesor de alemán en el Colegio del Sagrado Corazón de Barcelona, con la colaboración de los doctos profesores PP. Gross y Löltingen, de Munich y Colonia respectivamente. Un tomo de 350 páginas, tamaño 22 X 14 centímetros, 6 pesetas encuadernado.—Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—Hoy que la guerra impide casi en absoluto recibir los textos que á Alemania acostumbraban pedir muchas academias de lenguas y centros docentes principales, creemos responde la obra que anunciamos á una verdadera necesidad, pues cada día es más evidente la conveniencia de conocer el alemán, y, sea cual fuese el resultado de la actual desastrosa lucha, seguirá el alemán siendo indispensable á los que aspiren á es-

pecializarse en estudios científicos, á los industriales y comerciantes que quieran ensanchar la esfera de su actividad. La nueva Antología es obra completísima, excelente para la auto-instrucción, y claro está que mucho mejor aún para servir de texto en colegios y academias, pues si la obra ya de por sí es completa para enseñar, claro que las ampliaciones y aclaraciones de un buen profesor aumentarán sus méritos, que los buenos libros de texto facilitan el trabajo del maestro y el estudio del alumno. La obra comprende una Gramática completa, práctica, moderna, y muy abreviada, variedad de diálogos para viajes, visitas, etc., completa colección de cartas familiares y otra completísima de mercantiles, con indicaciones acerca su redacción, modelos de documentos, etc., abundantes ejercicios para traducción, ejercicios lingüísticos, fundados en los trozos selectos, y un vocabulario completo (casi 4,000 palabras) de toda la obra, que suple al diccionario, evitando este gasto al estudiante. Para que nada falte á esta obra, notable también en su parte material, por estar impresa con variedad de tipos alemanes y con gran esmero, tiene al final láminas fonéticas que facilitan la acertada pronunciación de los fonemas más difíciles, y bonita colección de las melodías populares más frecuentemente cantadas en Alemania. A cuantos estudien ó quieran estudiar la no muy fácil pero sí muy útil lengua alemana, recomendamos la nueva interesante obra del P. Guasch, S. J.

El número IX de la importante Revista *Archivo Ibero-Americano*, contiene el siguiente Sumario:

Orígenes de la Custodia de «Domus Dei» y «Scala Coeli», ó sea la Aguilera y el Abrojo, 1397-1518 (conclusión). P. Luis Carrión.—Las Casas de Estudios en la Provincia de Andalucía (continuación). P. Angel Ortega.—Orígenes de las Misiones franciscanas en el Extremo Oriente (continuación). P. Lorenzo Pérez.—Descripción chorográfica del sitio que ocupa la Provincia regular de Cartagena. Obra inédita del P. Pablo Manuel Ortega (continuación). P. Antonio Martín.—Algunas cartas autógrafas de la venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda (continuación). Padre Andrés Ivars.—Miscelánea: Una carta del Consejo de

Valencia al Infante D. Fr. Pedro de Aragón. P. Gabriel Palanca.—Antiguo Catálogo de Indulgencias concedidas á la Orden de Frailes Menores, P. Atanasio López.—Carta de la Audiencia de Filipinas al Rey, recomendando al Padre Fr. Pedro Matías. P. Lorenzo Pérez.—Bibliografía: El Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida. D. Ricardo Velázquez Bosco.—Crónica del Congreso nacional de Terciarios franciscanos celebrado en Madrid. P. Juan Legisima.—Artículos y discursos de propaganda; Los terrenos del convento de San Francisco. P. Antonio Pavez.—Crónica franciscana: Capítulos provinciales de España.—Estudio iconográfico.—Fragmentos históricos.—Fundación de los Franciscanos en Yecla.

Mi divino Tesoro, ó sea Jesucristo en la divina Eucaristía, por el P. Juan Pascual, S. J.—Un opúsculo de 72 páginas. Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—Empieza el autor dando á conocer quién es Jesucristo, y qué ha hecho por nosotros; lo estudia luego en la Santísima Eucaristía, encareciendo las excelencias de la Comunión frecuente y diaria, y acaba trazando un cuadro perfecto de vida cristiana y eucarística; es, pues, excelente para propagar la devoción al divino Prisionero del Tabernáculo.

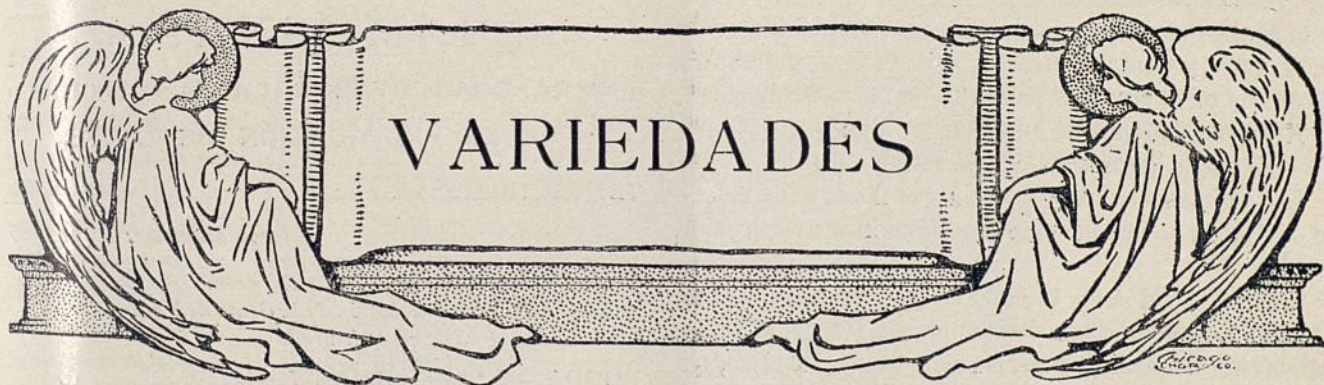
Oficio de Nuestra Señora, según la última reforma de Su Santidad Pío X, con las rúbricas en español.—Un tomo en 16.º de 560 páginas (letra gruesa). Impresión correc-

ta y esmerada. Con bonita encuadernación en pegamoid, 1'75 pesetas.—Librería Religiosa, Aviñó, 20. Barcelona.

La reforma del Oficio divino por la Santidad de Pío X hacía necesaria esta nueva edición, publicada por dicha Librería con especiales condiciones para las personas religiosas ó devotas de Nuestra Señora que tiene por regla ó costumbre el rezo de su Oficio. La letra gruesa está proporcionada á la vista débil ó escasa iluminación de los sitios donde se ha de rezar con frecuencia. Además se repiten los Oficios de cada época del año completos, para evitar la molestia de las remisiones. Con esta edición cualquiera persona devota puede rezar el Oficio de Nuestra Señora sin ninguna dificultad ni necesidad de instrucción particular en el rezo.

Catecismo de las Grandezas de María Santísima, por el P. Gregorio Domínguez, de la Congregación del Santísimo Redentor.—Opúsculo de 72 págs. Precio: 0'20 ptas. ejemplar.—Librería de N. Fidalgo. Astorga.—En preguntas y respuestas enseña el autor con gran claridad y amor de hijo las grandezas y prerrogativas de la Inmaculada Virgen María: recomendamos el opúsculo á los propagadores de la devoción á María: será excelente auxiliar para su apostólico trabajo.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.



BENDITA SEAS

(LEYENDA INDIA)

UNA noche en que brillaba la luna con todo su esplendor, el sabio y poderoso Krychna reflexionó profundamente y dijo:

—Creía que el hombre era lo más bello que existía sobre la tierra, y me equivocaba. He aquí la flor del loto mecida por el soplo de la noche. ¡Cuánto más hermosa es que todos los seres vivientes! Sus hojas acaban de abrirse á la argentada luz de la luna, y no acierto á apartar mis ojos de ella. Sí, no hay nada parecido entre los hombres, repitió suspirando.

Pero en seguida pensó:

—¿Por qué, Dios mío, no crearé con el poder de mi palabra un ser que sea entre los hombres lo que el loto entre las flores? Hágase así para alegría de la tierra y de la humanidad. Flor de loto, conviértete en virgen viviente y preséntate ante mí.

Las ondas se agitaron suaves como rizadas por el ala de la golondrina, la noche acreció su luminosidad, la luna brilló más intensamente en el cielo, los tordos nocturnos elevaron el diapasón de su canto, y luego de repente enmudecieron. Realizóse la metamorfosis. Ante Krychna se irguió el loto en forma humana.

El mismo dios quedó maravillado.

—Eras la flor del lago, dijo, sé ahora la flor de mi pensamiento, y habla.

Y la jovencita comenzó á hablar tan dulcemente, como murmuran los copos de nieve del loto al recibir los besos de la brisa estival.

—Señor, me has transformado en un ser viviente, ¿dónde me ordenas que habite ahora? Acuérdate, Señor, que cuando era flor temblaba y cerraba mis hojas á cada soplo del viento. Tenía miedo, Señor, de las lluvias torrenciales y de las tormentas; tenía miedo del

fragor del trueno, de los relámpagos deslumbrantes y de los ardientes rayos del sol. Me has ordenado ser la encarnación del loto, por tanto conservo mi antigua naturaleza, y ahora, Señor, me causa miedo la tierra y cuanto en ella se encuentra. ¿Dónde, pues, me ordenas que habite?

Krychna levantó sus ojos hacia las estrellas, reflexionó un instante y preguntó luego:

—¿Quieres vivir en la cúspide de las montañas?

—Allí están las nieves y el frío, Señor; tengo miedo.

—¿Quieres que construya para ti un palacio de cristal en el fondo del lago?

—Por las profundidades lacustres deslízanse las serpientes y otros monstruos; tengo miedo, Señor.

—¿Quieres las estepas sin fin por morada?

—¡Oh! Señor, el huracán y la tempestad devastan las estepas como rebaños salvajes.

—¿Qué haré de ti, flor encarnada? Ah, en las cavernas del Ellora viven santos ermitaños... ¿Te gustaría vivir lejos del mundo, en maravillosas cuevas?

—En ellas impera la obscuridad, Señor, tengo miedo.

Krychna se sienta en una piedra y apoya la cabeza en su mano. La joven permanecía ante él temblorosa y asustada.

En Oriente la aurora comenzaba á iluminar el horizonte, dorando la pulida superficie del lago, las palmeras y los bambúes. Los ibis rosas, las grullas cenicientas y los cisnes blancos sobre el agua, los pavos reales y bengalíes en el bosque entonaron á coro el himno de la mañana, y para secundarlos dejaron oír sus notas armoniosas un laúd y las palabras de un canto humano.

Krychna, saliendo de su ensueño, dijo:

—El poeta Valmiki saluda la salida del sol.

Las tupidas cortinas de purpúreas flores y lianas que lo ocultaban se entreabrieron y Valmiki apareció cerca del lago.

A la vista del loto trocado en ser viviente cesó de cantar. El laúd resbaló de sus manos y rodó al suelo, sus brazos flaquearon y permaneció mudo, extático, como si el gran Krychna lo hubiese transformado en árbol al borde del agua.

El dios regocijóse al ver la admiración que le causaba su obra, y dijo:

—Despiértate, Valmiki, y habla.

Valmiki habló.

—La amo.

No se acordaba más que de estas palabras, y sólo estas palabras acertó á pronunciar.

Bruscamente el rostro de Krychna se iluminó.

—Maravillosa niña, he encontrado en el mundo un alojamiento digno de ti; habita en el corazón del poeta.

Y Valmiki repitió por segunda vez:

—La amo.

La voluntad del poderoso Krychna, la soberana voluntad del dios acompañó á la jovencita cabe el poeta, y dotó al corazón de Valmiki de la transparencia del cristal.

Bella como un día de verano, con la placidez de la tersa onda del Ganges, la joven avanzó hacia el asilo que se le destinaba. Pero de repente, cuando hubo escudriñado más hacia el fondo en el corazón de Valmiki

su rostro tornóse pálido y el miedo la envolvió como una ráfaga de viento helado.

Y Krychna se extrañó.

—¿Flor encarnada, le preguntó, también te asusta el corazón del poeta?

—Señor, respondió ella, ¿dónde me ordenas que habite? En ese corazón veo las nevadas cúspides de las montañas, las profundidades acuáticas pobladas por horrendos monstruos, las estepas con sus vientos y huracanes y las sombrías cavernas del Ellora. ¡Oh, Señor, tengo miedo, tengo miedo!

Pero el bueno y sabio Krychna le dijo:

—Cálmate, encarnación del loto. Si ves en el corazón de Valmiki esas nieves solitarias, sé el soplo primaveral que las haga desaparecer; sé la nacarina perla de esas aguas profundas; siembra la flor de la felicidad en la inmensa desértica estepa; truécate en el rayo de sol que disipe las tinieblas de las sombrías cavernas del Ellora...

Y Valmiki, recobrando el uso de la palabra, añadió:

—Y bendita seas.

E. SIENKIEWICZ.

(Trad. por Guillermo Roda).



LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA
DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

TERCER TRIMESTRE	Ptas.	Cts.
	Suma anterior:	734 65
Para el R. P. Eugenio Andrés Martín, de Bao Dap, para contribuir á la construcción de la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes		
RONDA.—D. ^a Josefa Suárez Varela.....	15	
Para la R. M. María Mercedes de San Andrés, Superiora de las Franciscanas Misioneras de María (Japón: Hitoyoshi-Higo)		
CALDETAS.—Reverendo señor Curapárroco.....	5	
SAMPEDOR.—R. D. Jaime Rosano, Pbro.....	20	
Para las Misiones más necesitadas		
SALAZAR DE VILLARCAYO (BURGOS).—D. Ramón Marañón.....	6	
Total:		780 65

Esta cantidad, que es el total recaudado durante el tercer trimestre, va á ser enviada al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe.

Los neófitos en sus oraciones y en sus santos sacrificios los misioneros, encomiendan á Dios muy especialmente á todos sus bienhechores.

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1915